
BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
HAN LLEGADO LOS ESPECTROS
RALPH BARBY


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

241 — Anoche salí de la tumba, *Curtis Garland*.
242 — El cielo lloraba sangre, *Silver Kane*.
243 — La sangre exige un precio, *Ralph Barby*.
244 — Camino a ninguna parte, *Clark Carrados*.
245 — El embrujo de Satán, *Burton Hare*.

RALPH BARBY

HAN LLEGADO LOS ESPECTROS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 246
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 35.197 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1977

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPITULO PRIMERO

La tarde era agradable. La tierra, cubierta por una alfombra de mullida hierba húmeda, despedía un aroma que obligaba a respirar con fruición. Había pocos árboles y el sol descendente estaba mortecino, semitapado por una ligera capa de nubes.

De pronto, Bianca se puso a tararear una canción que no recordaba haber aprendido jamás. Vestía un salto de cama rosado, holgado y vaporoso. No llevaba encima nada más, ni siquiera reloj, pendientes o anillo, sólo la bata de gasa mientras sus pies se desplazaban sobre la hierba sin rozarla apenas, desnudos, blancos, limpios, sólo marcados por algunas gotas que se desprendían de la hierba mojada.

Se detuvo al oír un fuerte ruido de motor que se acercaba adonde ella estaba. Buscó con sus pupilas azul claro y descubrió a un tractor agrícola que se acercaba. Lo conducía un hombre al que en un principio no distinguió bien, mas no tardó en añorar una sonrisa de satisfacción a sus labios.

—¡Alfred, Alfred, Alfred! —gritó, agitando su mano.

Había reconocido al conductor del tractor. Era un hombre joven y alto, de abundante cabello castaño rojizo, bigote y barba y un gran optimismo en sus ojos.

Alfred amaba intensamente la vida y Bianca estaba segura de que a ella la amaba con pasión.

—¡Alfred, Alfred!

Pero el hombre joven y fuerte, un ingeniero agrónomo que conducía el tractor con sus propias manos, no parecía oírla y seguía avanzando. Bianca pensó que podía ser el ruido del motor el que ahogaba sus llamadas.

—¡Alfred, Alfred!

No había respuesta. El hombre ni siquiera la miraba, seguía adelante con la trepidante máquina de gasoil.

Bianca quiso correr hacia el tractor. De pronto había sentido frío, un frío que parecía provenir de algún lugar oscuro y húmedo, como escapado del interior de algún panteón largos siglos cerrado.

—¡Alfred, Alfred!

Sus manos tropezaron con una pared invisible, era como una muralla que le impedía seguir avanzando hacia el tractor conducido por Alfred. Golpeó con sus manos aquel muro invisible, frío y duro, sin poder cruzarlo. Anduvo a derecha e izquierda sin hallar ningún hueco.

La barrera que inexplicablemente se había levantado frente a ella era infranqueable y el tractor conducido por Alfred seguía acercándose más y más. La tierra temblaba por un ruido que se hacía cada vez más infernal, y así llegó a su altura, pero justo al otro lado de aquella muralla que Bianca no podía traspasar.

—¡Alfred, Alfred!

Alfred siguió adelante con el tractor, sin oírla ni verla. Mostraba una

sonrisa de satisfacción en su rostro, como complacido de llevar el tractor. La rebasó y los gritos de Bianca quedaron ahogados por el ruido del motor que se fue alejando más y más.

Vio desaparecer el tractor sin saber muy bien qué era lo que había sucedido. El frío se había apoderado de ella y tiritaba. Sus labios temblaban, todo su cuerpo se estremecía bajo la vaporosa ropa que la envolvía.

Se sintió aturdida de pronto. Caminó vacilante y entonces adquirió conciencia de que iba descalza y de que sus pies estaban mojados. Tropeó contra otra muralla de cristal, o por lo menos así se lo pareció a ella, ya que nada veía.

Palpó con sus manos y todo era liso y compacto. Se echó hacia atrás y tocó otra pared. Dedujo que se había metido en una especie de extraño callejón en mitad de la campiña, un callejón cuyas paredes eran invisibles, pero existían.

Echó a correr en la dirección en que se alejara Alfred con el tractor, mas comenzó a levantarse un viento cada vez más fuerte contra el que no podía avanzar.

Su ropa se alzaba como si a ella le hubieran crecido alas, alas con la consistencia de simples velos. Fuera, todo era calma, no se movían ni las hojas; en cambio, dentro del callejón, Bianca no podía avanzar pues el viento la frenaba hasta hacerle doblar las rodillas, hasta caer al suelo sin poder respirar porque la propia fuerza del viento la ahogaba.

Cayó al suelo y rodó sobre sí misma. El viento cedió, ya que se había puesto a avanzar en dirección contraria a como lo hiciera antes.

Se dejó llevar por la facilidad con que corría. Nada le impedía correr, pese a que el camino era ascendente hacia lo alto de una colina suave. Cuando arribó a lo alto, entre árboles, se había hecho de noche. Por unos instantes no vio nada, la oscuridad era total y absoluta.

Además del frío sintió miedo y el miedo se fundió con el frío, y los temblores y estremecimientos de su bello y espigado cuerpo fueron más intensos. El frío se concentraba más y más en las cúspides de sus pechos altos y duros, plenos y redondeados.

De pronto apareció luz, era de una luna muy grande, tan grande como no la había visto jamás. En breves segundos se fue tiñendo de rojo. Era una luna roja y sangrante, una luna que desasosegaba.

Ahogó un grito de terror al ver aparecer ante ella, sorpresivamente, un jinete.

Resultaba extraño en la era de la motorización ver a alguien montado sobre un caballo negro como la misma noche, de ojos encendidos como carbones. El jinete llevaba sobre sí una gran capa oscura y cubría su cabeza con un yelmo antiguo, se podía decir que estaba herrumbroso, incluso mohoso. No se veía su rostro, mas sí los ojos que eran de mirada maligna y semejaban despedir una luz rojiza, como si naciera en lo más profundo de una sima.

—¡Sígueme! —ordenó tajante.

El jinete, tras mirarla, se volvió y su caballo echó a andar al paso.

Bianca quería retroceder, pero una fuerza oculta, satánica, se lo impidió. Fue tras el jinete que seguía avanzando por el otro lado de la colina.

Avanzaron por un espacio de tiempo que a Bianca se le hizo eterno. Sintió un pinchazo en su pie, lanzó un corto grito y se detuvo, cogiéndose el pie lastimado. Se arrancó la espina y salieron unas gotas de sangre. El extraño y siniestro jinete se había vuelto hacia ella para observar lo que ocurría y ordenó de nuevo, tajante, sin dar lugar a réplica:

—¡Sígueme!

Cojeando un poco al principio y nada después, Bianca le siguió. Era como si llevara las manos esposadas con grilletes y una cadena partiera de ellas y terminase en la montura de aquel jinete que se la llevaba consigo, sin ella saber adónde.

Divisó un gran roble, más frondoso y añoso que los que había por los alrededores, un roble que se abría en tres ‘gruesas ramas. Detrás había una edificación que resultaba difícil saber si era un castillo o un monasterio. Un muro lo circundaba, no era muy grande y el silencio era absoluto, como salido de las entrañas de la mismísima muerte. Ni siquiera el caballo hacía ruido al avanzar con sus cascos sobre el empedrado.

Entraron en una gran nave iluminada con hachones sujetos a las paredes y que humeaban pestilentes. Descubrió entonces una gran piedra plana, de forma octogonal.

—Súbete a la piedra.

Bianca quería huir, quería correr y correr, mas se sentía como encadenada por una fuerza que emanaba de aquel jinete que cubría su cabeza con el yelmo herrumbroso y enmohecido.

—¡Déjeme marchar, déjeme, se lo suplico!

—Sube a la piedra.

Bianca, asustada, estremecida por el frío y el miedo, obedeció, subiendo a aquella piedra que se dio cuenta de que estaba llena de inscripciones. El jinete tomó uno de los hachones que había en las paredes y alzándolo en el aire comenzó a hablar de una forma que era una especie de oración vehemente, pero en una lengua que Bianca no comprendía.

Sólo veía al jinete iluminado por la antorcha y su aspecto era fantasmagórico. Bianca no entendía nada, absolutamente nada. Quería huir, saltar de la piedra a la que se había subido y que más parecía un altar, un extraño altar que de pronto comenzó a girar.

Bianca intentó guardar el equilibrio, pero al girar cada vez más de prisa, cayó de rodillas encogida sobre sí misma mientras resonaban en sus oídos las extrañas palabras del infernal jinete que seguía orando, casi exigiendo algo con su voz potente que hallaba ecos lúgubres en la gran nave en que se hallaban.

Bianca se sentía cada vez más y más aturdida. Cerró los ojos mientras sus dientes castañeteaban, ya no sabía si de miedo o terror.

De pronto, el jinete arrojó la antorcha contra la piedra. El entorno de la

piedra se inflamó rápidamente.

Bianca, rodeada por el fuego y dando vueltas sobre la plataforma pétrea que giraba y giraba, llegó al paroxismo de su espanto. A ráfagas y a través de las llamas podía ver el rostro metálico de aquel ser que seguía lanzando palabras que la joven no entendía.

El frío dio paso al calor y comenzó a sentir que se quemaba, que ardía. Gritó, gritó, gritó...

CAPITULO II

—¡Despierta, despierta!

La voz penetró en su cabeza y abrió sus ojos que se llenaron de una luz vivísima que la hirió, obligándole a cerrar de nuevo los ojos, mientras se abrazaba a su amiga Olga.

—Tranquila, tranquila, sólo ha sido una pesadilla.

En la puerta del cuarto de aseo, con una mano apoyada contra la jamba en actitud indolente, mientras con la otra sostenía un cepillo de dientes, una tercera muchacha dijo:

—No sabía que te impresionara tanto el casarte.

—No digas tonterías, Shirley —pidió Olga, la más mayor de las tres, aunque todas ellas eran jóvenes.

—Ha sido una pesadilla horrible —confesó Bianca.

Shirley quitó parte de la pasta de dientes de su boca y preguntó:

—¿Y salía tu Alfred en la pesadilla?

—Sí.

—Pues vas bien, querida. Mejor que no te cases.

—No seas tonta, Shirley, no ha tenido que ser forzosamente Alfred el que la asustara en la pesadilla, ¿no es cierto? —preguntó Olga acariciándole el largo y rubio cabello y dejando resbalar su mano por la espalda de Bianca para tranquilizarla.

—No, no, yo llamaba a Alfred para que me salvara, pero él no me oía.

—¿Y de qué tenía que salvarte, si es que puede saberse? —se rió Shirley.

Olga le tiró la almohada sobre la cabeza a Shirley, la cual desapareció en el interior del cuarto de aseo, riéndose. Al poco se escuchaban gárgaras.

—No le hagas caso, ya sabes que Shirley es muy burlona.

—No sé bien lo que me ha pasado, debe ser que estoy muy nerviosa.

—¿A estas alturas, al borde de nuestras bodas? Vamos, vamos, una chica de hoy, una chica moderna...

—¡Si no es el sexo!; ya me conoces y sabes que no es eso lo que me preocupa. En fin, vamos a comenzar todos juntos una vida nueva, vamos a constituir un kibutz, no sé si funcionará, esto no es Israel.

—Ni nosotras somos judías —objetó Olga.

Bianca se separó un poco de su amiga, más hecha que ella, más llena de carne y de formas más abultadas.

—¿Tú no tienes dudas? —le preguntó.

—No —Olga sonrió irónica—. Si mi Peter me defrauda, en fin, un kibutz quiere decir algo así como copropiedad de todos sus componentes, algo así como una comuna china o rusa, ¿no?

—Cállate, Olga, eso no lo soportaría.

—No te asustes, no te asustes; no me fijaré en tu Alfred.

—Perdona, Olga, soy una tonta y estoy nerviosa.

—Ya te dije que lo mejor eran las experiencias prematrimoniales. Mírame a mí.

—Cada cual tiene sus normas, Olga, eso ya lo hablamos.

Olga suspiró ruidosamente.

—La verdad es que mi Peter me preocupa.

—Si todo funciona bien como has podido comprobar con tus experiencias prematrimoniales, no entiendo de qué te preocupas.

—No creas, hay muchas experiencias prematrimoniales que funcionan y luego, una vez casados, la cosa no marcha. Es algo complicado. Algunos hombres, cuando se sienten casados, se desinflan.

—Será porque ellas ya no siguen el juego del amor con el mismo interés.

—Es posible; palabra que yo lo haré todavía mejor.

—¿Para qué no se desinfle? —preguntó Bianca riéndose espontáneamente.

—¿Qué, Blanca, vas a lavarte los dientes tú también? —preguntó Shirley saliendo del cuarto de aseo.

—¿Ahora? Si ya me los lavé antes de acostarme y todavía falta mucho para que salga el sol.

—Haz lo que quieras. A mí me gusta lavarme los dientes de madrugada; así, si se me abren los ojos, me despierto, me levanto, voy al cuarto de aseo, me lavo los dientes y me quedo como nueva.

—Y luego a roncar —rezongó Olga.

—Yo no ronco —protestó Shirley. Se echó sobre su cama, bostezó y se quedó dormida ante la perplejidad de sus dos amigas.

—Qué suerte tiene —comentó Bianca.

—Qué le vamos a hacer, chica, cada una es como es.

Olga apagó la luz y una débil claridad que provenía de una farola de la calle se filtró por la ventana.

—¿Crees que funcionará bien lo del kibutz?

—Somos amigas, ¿no?

—Sí, somos tres parejas, pero luego vendrán más. Según Alfred, ya está acordado que vengan dos parejas japonesas y tres negras...

—Anda, no sigas, que habrá comida para todos y puede ser muy divertido. Después de todo, esto no es un cuartel. Si no te gusta, coges la maleta y te largas, así de fácil.

—Sí, pero si me marcho yo, ¿qué hará Alfred?

—Le dices que te vas porque has notado dos faltas.

—¿Decirle que estoy embarazada?

—Pues claro. Entonces, él te sigue adonde vayas.

—Pero, si eso es mentira...

—Es una hipótesis. Luego, explicas que te has equivocado, que estás muy débil porque te has matado a trabajar... Ya se te ocurrirá cualquier pretexto. Anda, duerme, que mañana nos espera un día agotador.

—Sí, claro, muy agotador.

Cerró los ojos, pero no consiguió dormirse. Dentro de su mente vio la

imagen de aquel siniestro jinete que apareciera en la pesadilla. Abrió los ojos con rapidez para no volverlo a ver y no durmió.

Cuando nació el día, las tres jóvenes se vistieron de arriba abajo de blanco, pero en tejano, chaquetilla y pantalones. Las tres se habían puesto de acuerdo para no utilizar el traje de novia ortodoxo, y así ataviadas fueron recibidas ante el juez por tres jóvenes vestidos también con ropa tejana, pero en el color azul propio de la tela.

Tras la breve y sencilla ceremonia, las tres parejas no se entretuvieron en celebraciones. Habían acordado festejarlo en un restaurante de la carretera.

—¿Qué te pasa, Bianca? —le preguntó muy atento Alfred, apareciendo una sonrisa cariñosa entre la espesa barba y el bigote castaño rojizo.

—Es que tengo como un pinchazo en el pie.

—¿Has caminado descalza?

—Pues suelo hacerlo algunas veces, pero no me he dado cuenta de que me pinchara. Ha sido esta mañana al levantarme que me he visto que tenía el pinchazo

—Te habrás levantado durante la noche. No me habían contado que fueras sonámbula.

—¿La noche?

De súbito, Bianca recordó la pesadilla y que había sido dentro de ésta cuando se clavó una astilla en el pie, mientras seguía al jinete que la llevaba al extraño y siniestro castillo o monasterio, no estaba muy segura de lo que era.

-—¿Qué te ocurre? Te has puesto muy pálida, ¿te sientes bien?

—No, no es nada —dijo ella cogiéndole el brazo.

—Vamos, ¿a qué esperáis? —apremió Olga.

Peter y Andy subieron a una furgoneta cargada hasta los topes y las tres muchachas se acomodaron en el “Mercedes-Benz" a cuyo volante se sentó Alfred.

Tras dar unos bocinazos, emprendieron la ruta. Su vida en común había comenzado.

Bianca iba sombría junto a Alfred, el cual, vigilándola de reojo, preguntó:

—¿De veras te sientes bien?

—Es que no he dormido mucho, estoy algo cansada.

—Es verdad —dijo Shirley—. Tuvo pesadillas.

—Está un poco nerviosa, Alfred Tendrás que ser paciente con Bianca —le dijo Olga encendiendo un cigarrillo que desde el asiento posterior le pasó a Alfred poniéndoselo en los mismísimos labios. Bianca miró a Olga un poco molesta y ésta lo notó.

—¿Por qué no nos cuentas cuál fue la pesadilla? preguntó Shirley.

—A lo peor no le gusta a Alfred —observó Olga.

—¿Por qué no habría de gustarme? —Miró a Bianca por un instante, sin dejar de vigilar la circulación, y preguntó abiertamente a su flamante esposa —: ¿Te has acostado con otro?

—No seas estúpido, esas bromas no me gustan.

—Nadie debe sentirse culpable por lo que sueñe... —objetó Shirley.

—No se trata de sentirse culpable, pero si alguien sueña algo que no le gusta de contar es porque en el fondo hay algo de verdad.

—¿Te has hecho psicoanalista, Olga? —preguntó Alfred socarrón.

—Lo leí en un libro que me prestaron. Uno de los ejemplos era un tipo que vivía de forma intachable y tuvo pesadillas de que era un asesino.

—¿Y a cuántos acabó asesinando?

A la pregunta de Shirley, Olga respondió tajante:

—A tres chicas.

—Eso es que era un impotente —le soltó Alfred.

—No te rías, que es un asunto muy serio.

—¿Por qué no cambiamos de tema? —preguntó Bianca. Aspiró hondo y recostó su cabeza contra el cabezal del asiento.

Comenzó a llover. El cristal del parabrisas se llenó de gotitas de agua y comenzó el monótono zum-zum del limpiaparabrisas. El viaje se le hizo largo a Bianca.

El restaurante de carretera resultó acogedor. En toda la decoración prevalecía la madera y pieles con cabezas de animales disecados. También los había enteros como una zorra, frente a la que Blanca se quedó como ensimismada,

—Preciosa, ¿verdad, señorita? —le preguntó el propietario del restaurante, como conocedor de antemano de la respuesta.

Bianca, que se había fijado en los ojos, pero especialmente en los agudos colmillos del pequeño carnicero, dijo:

—Sí, es bonita, pero sus ojos...

—Son ojos de cristal. Esta zorra mató a más de quinientas gallinas, aunque parezca mentira.

—Son muchas gallinas.

—Sí, pero al final cayó en un cepo. Si se fija en la pata delantera izquierda, verá que tiene un cosido.

—Es cierto —admitió la joven observando el cosido.

—Tuve que lazarle el cuello y colgarla para que muriera sin estropearle más la piel. Me dije que había hecho correr tanta sangre que merecía el honor de pasar a la posteridad disecada.

—Bianca, ¿vienes? —interpeló Alfred.

El hombre del hostal sonreía. Era un sujeto alto y muy delgado, no encajaba con el aspecto que se suponía debía tener el propietario de un restaurante especializado en carnes de caza. Sus ojos no gustaron a Bianca; despedían un brillo inquietante.

—Bianca, mira qué mesa tenemos preparada —le hizo observar Alfred, satisfecho.

Bianca le dio la espalda al propietario del local, no deseaba volver a mirarle aunque sabía que los ojos del hombre estaban clavados en su cuerpo.

La mesa amplia y de sólida madera, casi dos pulgadas de grosor, tenía un

mantel en rojo y negro y estaba muy bien surtida. Las tres parejas parecían muy contentas, el banquete de bodas en la intimidad prometía ser opíparo.

—Bianca, hasta que comas y bebas este excelente vino no te pondrás bien, sigues muy pálida —le dijo Shirley.

—Será el viaje en coche.

—Alfred, te has casado con una mujer muy debilucha —le dijo Peter estrechando a su Olga que era la más maciza y exuberante de las tres muchachas, Al hacerlo, soltó una carcajada.

—Yo tengo apetito. ¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó Andy.

—Höllenhund (*Literalmente, en alemán, perro del infierno. Por extensión, cancerbero*), lo mismo que el hostal —contestó Alfred y agregó—: Tiene una taberna cerca de donde vamos a instalar nuestro kibutz, él nos surtirá de lo que nos haga falta. Cada uno de nosotros irá a su taberna, que dista unas diez millas de nuestra casa, y recogerá el tractor, el remolque y los aperos. Hay que ponerse pronto a preparar la tierra. Cuando ofrezcamos nuestros productos al mercado, se van a quedar atónitos, ya lo verás.

—¿Höllenhund, se llama? —preguntó Bianca en voz baja, pesimista.

—Sí, ¿no te gusta el nombre?

—¡Höllenhund, a ver esa comida! —pidió Andy.

Una mujer, que pasaría de los ochenta kilos de peso, muy roja de mejillas y con los ojos vivaces, con la ayuda de su marido que era más bien delgado, sirvieron sopa. Apareció después el mismísimo Höllenhund con una gran fuente de madera en la que llevaba un asado guarnecido. El aspecto de la carne era apetitoso y así lo manifestaron los comensales.

—¿Y de qué es esta carne? —preguntó Bianca que no participaba totalmente en el buen humor, reinante entre los demás. Seguía mostrándose suspicaz.

—Es carne de caza, señora, ¿o todavía puedo llamarla señorita?

—Pero ¿qué clase de carne es? —insistió.

—Pruébenla primero y ya me dirán si les gusta. —Comenzó a servir ceremoniosamente y con una amplia sonrisa.

—Está magnífico —aprobó Alfred.

Bianca no, comió mucho y se excusó alegando que no tenía apetito. El vino resultó fuerte y hasta hubo champaña para acompañar la gran tarta helada que les sir-vieron.

—¡Nos hemos puesto como puercos! —casi gritó Peter que tenía los dedos tan grasientos como sus labios. Su barba muy negra olía a vino—. Lo que es yo no voy a conducir ahora, porque si lo hago seguro que nos estrellamos.

—Mejor será que descansemos un par o tres de horas aquí —propuso Alfred.

Höllenhund estaba cerca, preparando unos cigarros que les ofreció.

—Son obsequio de la casa —dijo, agregando—: Tengo tres habitaciones, pueden descansar en ellas y marcharse cuando se hayan recuperado. No tengan prisa, es lógico que quieran pasar varias horas aparejados en los

respectivos cuartos. Acaban de casarse y todavía no han podido exclamar: "¡Al fin solos!”

Todos, excepto Bianca, se echaron a reír, aplaudiendo la propuesta del hostelero. La mirada azul claro de la joven se cruzó con la de aquel hombre llamado Höllenhund. Le había visto por primera vez cuando les mostrara la granja que iban a habitar, aunque en aquella ocasión, apenas les prestó atención. Ahora, Bianca se había fijado más en él y no le gustaba.

—A mí me parece magnífico —aplaudió Peter—. ¿Y a ti, Olga?

—A mí también, aunque estoy algo aturdida. Creo que me he pasado, nunca había comido ni bebido tanto.

—Paola les mostrará las habitaciones. Que tengan agradables... sueños —deseó Höllenhund.

Abandonaron la mesa. Estaban solos en el hostal; no habían esperado comer ni beber tanto.

—¡Un día es un día! —exclamó Andy con voz estropajosa. A su lado, Shirley se tambaleó y ambos se cogieron del brazo para sostenerse mutuamente.

Paola les acompañó al piso y fue abriendo las habitaciones.

—¡Suerte! —deseó Peter.

—Anda, entra y calla, luego dirás que estás cansado —le dijo Olga cogiéndole por el brazo.

—¡Suerte! —insistió Peter, obviamente bebido y congestionado.

Alfred cerró la puerta de una de las alcobas y quedó a solas con Bianca que se quedó mirando la amplia y alta cama, obviamente antigua,

—¿Tienes miedo? —susurró él acercándosele y cogiéndola por la cintura.

—Estás borracho, Alfred.

—¿Y tú no?

—Yo estoy mareada.

—Es lo mismo y ahora, a amarnos intensamente...

—No, Alfred; ahora, no.

—¿Por qué no? Somos ya marido y mujer como exigías, ¿no?

—Sí, pero...

—¿Qué?

—No sé, dicen que si se llega a engendrar un hijo estando borrachos es malo para la criatura.

—Vamos, no me vengas con tonterías, tú has leído demasiadas revistas de esas que dan consejos de hasta como debes mear.

—¡Alfred! —exclamó molesta.

—Tontuela...

—No me gusta este hostal.

—Pero ¿qué puñetas son ésas ahora?

—Alfred, tú mismo has dicho que se llama Höllenhund y eso es Cancerbero, el perro que vigila la puerta del infierno.

—Sí, sí, yo también sé algo de la mitología griega, pero no te irás a tomar

en serio esas cosas, ¿eh? —insistió.

—No me gusta este lugar.

—Höllenhund, Höllenhund, ¿y qué más da? Será más divertido, eso añadirá un poco de salsa a nuestra noche de bodas. —Miró hacia la ventana por la que entraba la luz de la tarde y rectificó—: Bueno, nuestra tarde de bodas.

—Cerraré la ventana —dijo ella alejándose hacia el ventanal.

Alfred se acercó a la cama. Torpemente comprobó lo mullida que estaba y opinó:

—Antes se cuidaban, no tenían esos malditos colchones de muelles y se evitaban clavarse pinchos entre las costillas. La verdad es que me caigo de sueño, ese condenado vino era más fuerte de lo que pensaba...

Se quitó la chaqueta tejana y luego la camisa, quedando con el torso desnudo.

De la habitación contigua llegaron algunas carcajadas; eran Shirley y Andy.

Bianca se tambaleaba, los ojos le pesaban como losas le plomo y se resistía a caer dormida antes de ver a Alfred dormido. No deseaba que su amor se consumara allí y bebidos ambos, no lo deseaba en absoluto y luchaba para que el acto matrimonial no ocurriera, sin llegar a molestar a Alfred con una negativa, pues le amaba; pero explicarle a un hombre, a un ser más racional, menos intuitivo, lo que ella sentía, resultaba casi imposible.

—Ven aquí, ven, quítate la ropa y ven —le pidió Alfred desde la cama—. Anda, sé buena.

—Sí, sí, ahora.

Se quitó la chaqueta blanca.

—La blusa...

—Sí, sí.

No llevaba sujetador, no le hacía falta. La turgencia de sus jóvenes senos era perfecta.

—Magnífico y los pezones son del color de tus labios, muy rojos. Así me gusta... Anda, sigue, sigue —pidió él.

—Aguarda.

Bianca se acercó a la puerta y quiso correr el cerrojo. Apenas veía, sus ojos estaban turbios. Nunca se había sentido de aquella forma después de una comida. Al cerrojo le faltaba la pieza correspondiente en la jamba para que se introdujera la barreta de acero, por lo que resultaba inútil. Bianca se dijo quehabría que confiar en la llave, pero llaves podía haber varias en el hostal.

En la pared de la puerta y no lejos de ésta había una cómoda de cajones vacíos. Sobre la encimera había una lámpara, un espejo y una figurita en la que no se fijó.

Cogió la cómoda y comenzó a tirar de ella, mas no cedía y optó por ponerse al lado contrario y empujar con la espalda, desplazándola de esta forma al hacer fuerza con los talones.

—¿Qué estás haciendo, Bianca? —preguntó Alfred con voz apenas inteligible.

Hasta que no hubo cruzado la cómoda delante de la puerta no se sintió tranquila. Agotada, permaneció unos instantes sentada en el suelo, respirando fatigosamente. Resistía más que Alfred, claro que era evidente que él había bebido y comido muchísimo más que ella, aun teniendo en cuenta la diferencia de peso existente entre ambos.

Se levantó. Sus piernas flaqueaban, negándose a sostenerla. Se apoyó en la cómoda y sus ojos quedaron cerca de la figurilla que había sobre la encimera. Pudo ver entonces que se trataba de un perro de tres cabezas, un monstruo infernal.

—Cancerbero, Höllenhund, vigilante de las puertas del infierno... —musitó.

Se volvió hacia la cama. Alfred se había dormido y respiraba profundamente, no había resistido más.

Bianca cogió aquel perrito de tres cabezas y lo metió en uno de los cajones de la cómoda. Fue luego hasta la cama y se dejó caer en ella. Estiró la mano y apagó la luz que Alfred había encendido cuando ella cerraba la ventana.

Se dejó caer tendida junto a Alfred. Se podía decir que ambos vestían ropas parejas, pues estaban desnudos de cintura para arriba.

—Alfred, ¿duermes? —preguntó quedo.

—Hum...

—Nada, nada, sigue durmiendo.

—Perdona, mañana, mañana me portaré bien. —Y siguió respirando profundamente, el sueño le había vencido.

Bianca cerró los ojos y tuvo la impresión de que detrás de la puerta había alguien tratando de abrirla. Sintió miedo, pero el intenso sueño que la envolvía pudo más y sus ojos se cerraron por completo.

Bianca se agitó repetidamente en el lecho a causa de las pesadillas que la atormentaban. Despertó bruscamente. Todo estaba oscuro a su alrededor, mas escuchó los aullidos lastimeros de un perro, luego de otro y después, de un tercero. Los aullidos se mezclaron. Volvió la cabeza hacia Alfred y comprobó que seguía durmiendo profundamente.

Salvo los aullidos lastimeros de los perros, no se oía nada más. El hostal se hallaba sumido en un profundo y denso silencio.

Angustiada por los lastimeros aullidos de los canes, se levantó y se acercó a la ventana, entreabriéndola ligeramente, con miedo a ser descubierta.

La tarde se había esfumado y era noche cerrada. Trató de ver la hora en la esfera de su reloj que no era fosforescente. De súbito, descubrió una silueta femenina caminando fuera de la casa. Se arropaba con un vaporoso y transparente salto de cama y mientras caminaba, semejaba flotar. Los aullidos de los perros parecían envolverla.

—¡Shirley!

Más no estuvo muy segura de su visión. La figura femenina se perdió entre

el boscaje que había tras el hostal. Bianca quiso gritar, pero no lo hizo y se preguntó a sí misma:

—¿Estoy también en una pesadilla?

CAPITULO III

Cuando Alfred despertó, ya entraba la luz del día por la ventana que estaba abierta. Parpadeó desconcertado, se frotó los ojos y miró en derredor:

—¡Bianca, Bianca!

La joven no respondió. Palpó la cama, se notaban las huellas de haber dormido la muchacha, pero ya no estaba caliente el lugar moldeado por el cuerpo femenino.

—¡Bianca, Bianca!

Se levantó, se asomó a la ventana y miró hacia el exterior. Vio la arboleda y abajo, unas gallinas picoteando en la tierra.

Alfred, que no estaba muy seguro de lo que veía en su reloj con dietario, rezongó:

—No es posible, toda la tarde y la noche durmiendo...

Se alisó los cabellos con las manos.

—Bianca pensará que soy un dormilón impotente y tendrá razón. ¡Ah!

Buscó el lavamanos, se mojó la cara y se puso la camisa. Tomó la chaqueta tejana y bajó al comedor. Allí encontró a Peter, a Olga y a su flamante esposa.

—¡Bianca!

—¿Estás bien, Alfred? —preguntó ella.

Se sentó frente a la mesa, disculpándose.

—En mi vida había dormido tanto, no sé que me ha ocurrido.

—Buenos días —deseó Paola llegando con la lechera y la cafetera dispuestas para verter en las tazas de los que iban a desayunar.

—No te disculpes, todos hemos dormido como lirones

—¿Vosotros también? —preguntó Alfred.

Olga pellizcó la mejilla de su marido y concretó:

—Nosotros pudimos aprovechar el tiempo antes de dormirnos. ¿Y vosotros? Bianca no ha querido ni abrir la boca; parece que en vez de pasar la noche en una habitación haya estado en un mausoleo.

—Ya está bien, Olga, te pasas.

—La culpa es mía. Caí redondo en la cama y me quedé hecho un tronco.

Olga rió abiertamente, sin disimulo.

—Por favor, Alfred, no te pongas en ridículo —le pidió Bianca.

—Vamos, vamos, no seas así —dijo Alfred a su esposa haciéndole cariñosos arrumacos—. Vamos a vivir juntos, no tenemos por qué ir con tapujos. Vivir en un kibutz es vivir con más sinceridad, sin el clásico enclaustramiento de las familias que viven hacia dentro de ellas mismas, ofreciendo sonrisas al mundo mientras en el hogar se lanzan los platos a la cabeza.

—No estoy de buen humor, Alfred, perdona.

—Desde que apareciste ayer para la boda, no has recuperado el buen humor —objetó Peter.

Olga le dio un codazo a su marido.

—Déjala estar, ya sabes que las mujeres tenemos unos días raros al mes, es lo normal.

Bianca no quiso decir nada, pero en aquel momento aparecieron Shirley y Andy cogidos de la mano. Venían sonrientes.

—Hola, compañeros. ¿Habéis dormido todos bien? —preguntó Shirley.

—Sí, ¿y tú, Shirley, y tú? —preguntó Bianca sin poder disimular su interés.

—Bien, bien, lo preguntas de una manera —replicó Shirley.

—Yo he dormido como nunca lo había hecho, pero os prometo que cuando lleguemos a la granja, me desquito —dijo Andy.

Era el único de los tres hombres que no llevaba barba y lucía una frondosa melena rizada a la moda “afro”.

—¿Te vas a desquitar trabajando? —interrogó Peter sarcástico.

—¡No, con ella! —Y señaló a Shirley que se echó a reír abiertamente.

La única que permanecía seria era Bianca e hizo esfuerzos por sonreír. Se daba cuenta de que estaba como desgajada del grupo y que debía reintegrarse a él si no quería tener más problemas, puesto que iban a vivir juntos.

Se dispusieron a reanudar el viaje. Les salió a despedir Höllenhund que llevaba tres paquetitos. Muy ceremonioso les dijo:

—Puesto que son recién casados y vamos a vernos con frecuencia, ya que seré su proveedor, les ruego acepten este pequeño obsequio.

Entregó un paquetito a cada una de las muchachas. Olga se precipitó a abrir el suyo.

—¡Mirad que perrito más original, tiene tres cabezas!

—No tiene un valor especial sino exactamente por su antigüedad —concretó Höllenhund—. Es el símbolo de mi hostal.

Shirley también deshizo el envoltorio, apareciendo entre sus dedos la pequeña talla de ébano.

—Es muy lindo, ¿verdad?

—¿Tú no lo miras? —preguntó Peter a Bianca.

—No, ¿para qué? Es igual que los demás.

—Sí, es idéntico, pero no vayan a creer que son figuritas hechas en serie, nada de eso, son antiguas y tienen un valor histórico. Algún día les hablaré de ellas.

—Gracias, Höllenhund, y ahora nos vamos, tenemos prisa —le dijo Alfred.

Los dos vehículos se pusieron en marcha. El furgón cargado pasó delante abriendo camino y el “Mercedes-Benz” le siguió conducido por Alfred y llevando a las tres mujeres.

Ya circulando por la carretera que serpenteaba entre el bosque, Bianca arrojó el obsequio de Höllenhund entre la maleza, perdiéndolo de vista.

—¿Por qué lo has tirado? —preguntó Shirley que se había dado cuenta de su acción.

—No me gusta ese perro de tres cabezas.

—¿Supersticiosa? —inquirió Olga.

—Puede.

—Chica, te has vuelto muy maniática de pronto, por lo visto no te prueba el matrimonio.

Bianca no quiso responder para no prolongar aquella conversación que le molestaba, y el viaje prosiguió. Alfred observaba de reojo, pero no decía nada. Aparentemente miraba atento a la cinta de asfalto a través del cristal oscuro de sus gafas de sol. Se sentía algo culpable por haberse dormido precisamente la noche de su boda.

Semejaban rodar hacia un punto perdido puesto que no había casas. Nada a su derecha e izquierda salvo bosques en los que debería abundar la caza, algunos lobos y quizá también se pudiera encontrar algún que otro ejemplar de oso europeo.

Al fin, arribaron a una aldea donde los rostros de sus escasos habitantes no eran risueños, sino sombríos. A la salida de la aldea estaba la taberna de Höllenhund con dependencias accesorias utilizadas como almacén.

Höllenhund debía dedicar escasa atención a la taberna a la que sólo acudirían los campesinos de la aldea y algún que otro viajero que detuviera su automóvil para estirar las piernas.

Las tres parejas de recién casados no se detuvieron en la aldea, pasaron de largo.

—Ahí estará el tractor, los aperos y los abonos. Vamos a meter en el centro de Europa un kibutz al estilo israelita y seguro que será la granja más productiva en mil millas a la redonda —comentó Alfred.

—Espero que no tengamos que trabajar como esclavos —comentó Olga pesimista, pero dispuesta para la broma.

—Habrá que trabajar un poco al principio, bueno, un poco no, un mucho. Después, cuando vengan los otros grupos, la granja se hará más grande y consistente. Al principio no habrá beneficios. Tenemos unas pocas semillas y esquejes de cuanto vamos a cultivar, de modo que comenzaremos con la reproducción de nuestras propias semillas para obtener por nosotros mismos y siempre de las especies selectivas, todas las semillas y planteles que hacen falta para que nuestra granja sea rentable.

—¿En cuánto tiempo calculas que será rentable? —preguntó Shirley a Alfred, que era el ingeniero agrónomo del grupo.

—Cuatro o cinco años.

—¿Tanto? —se asombró Olga.

—No va a ser menos. La tierra es muy buena, pero es preciso trabajarla duramente. Hay que surcarla en no menos de veinte pulgadas de profundidad y darle la vuelta. Hay mucha tarea, pero tenemos que poner en marcha lo que debe ser una granja moderna. Con los nuevos adelantos y en cinco o seis años, cuando esté a pleno rendimiento, la venderemos y nos marcharemos a otra parte. Los campesinos se van a las ciudades porque sus granjas no son todo lo rentables que ellos desean. No les llega para gozar del confort que

tienen los obreros industriales de las grandes ciudades, pero si obtuvieran de la tierra los beneficios suficientes, tened por seguro que no les faltaría de nada en sus granjas, en sus aldeas y no necesitarían desertar de ellas.

—¿Y por qué no hacen que produzcan más? —preguntó Olga.

—Siguen haciendo prácticamente lo mismo que sus antepasados, a lo sumo han mejorado utilizando maquinaria agrícola, pero eso no basta. Han de adquirir una nueva idea de lo que es una granja moderna, ése es el verdadero éxito de los kibutz israelitas. Tienen una concepción avanzada de lo que es una granja y obtienen frutos de mucha calidad y en cantidad con el mínimo de recursos naturales. Utilizan su inteligencia para suplir la falta de elementos naturales como es el agua. Cada gota de agua saben aprovecharla al máximo. Ellos no recurren a los métodos de trabajo de sus ancestros, han comenzado de nuevo, con distinta mentalidad y muchos de ellos jamás habían trabajado la tierra. Antes, la experiencia heredada de los ancestros para trabajar las granjas y plantaciones, era el noventa y cinco por ciento, ahora no debe pasar de un veinte, a lo sumo un treinta. La ciencia ha de hacer el cuarenta o el cincuenta por ciento.

—¿Y el resto? —preguntó Shirley.

—La intuición individual, el genio de cada cual, la evolución propia, la experiencia empírica.

—Si les hablas así a los campesinos, te van a lapidar —le advirtió Olga.

—No podemos ofrecerles teorías, no las aceptarían. Después de todo, están ya hartos de los buenos consejos que les dan los intermediarios y que sólo benefician a esos intermediarios precisamente. Les ofreceremos hechos. Mi idea es publicar en algún periódico de gran tiraje los gastos, la producción y beneficios de forma mensual y anual, de modo que cuando los campesinos lean esos periódicos se interesen por el resultado. Si algunos quieren venir a comprobarlo por sí mismos, les recibiremos con los brazos abiertos.

—Los intermediarios se nos van a echar encima como fieras —advirtió Olga, mientras Bianca seguía como ensimismada.

—Les demostraremos que también tenemos colmillos para defendernos. Los campesinos han de aprender que pueden luchar contra esos buitres. —Alfred se volvió hacia Bianca y le preguntó—: ¿Tú no dices nada?

—¿Para qué? Os escucho.

—¿Y qué te parece?

—Muy bien, por eso formo parte del grupo.

Alfred estiró su mano derecha, dejando el volante a cargo de la zurda, y palmeó la pierna de Bianca, quien aceptó la caricia.

El bosque se hizo menos espeso y fueron apareciendo amplias extensiones cubiertas de hierba silvestre. Aquellas tierras habían sido cultivos años ha, quizá muchas décadas atrás; ahora se veían totalmente abandonadas.

Por fin, los dos vehículos se detuvieron frente a la casa que habían comprado junto con las tierras por un precio módico.

Se podía decir que aquella casa la conocían ya los seis, aunque sólo fuera

de una forma rápida, fugaz. Guando estuvieron en aquel lugar por primera vez, les habían interesado más las posibilidades de las tierras para los cultivos que la casa en sí misma; sin embargo, ahora llegaban tres mujeres recién casadas que miraban la casa con ojos muy diferentes a como la habían mirado siendo muchachas solteras y alegres que se interesaban muy poco por un hogar.

La casa era antigua, su construcción se perdía en la noche de los tiempos y, más que antigua, era más preciso llamarla vieja porque estaba ruinosa, destartalada.

Escrutando su estructura se podían ver las huellas de diversas restauraciones efectuadas a lo largo de siglos. Aquella casa semejaba tener alguna maldición implícita, pues a través de las huellas que la marcaban se adivinaba que sus habitantes terminaban abandonándola sistemáticamente.

—Esta casa no me gusta.

Todos miraron a Bianca. Llegaba con entusiasmo y la única que parecía mirar la edificación con malos ojos era precisamente Bianca.

—No es para tanto, lo que esté mal se puede restaurar —arguyó Alfred—. No es un palacio, pero ningún kibutz que se precie pretende serlo. Hemos de convertirlo en un refugio confortable y lo haremos con nuestros propios medios. Arboles no faltan y también encargaremos preparados de hormigón para solucionar lo que sea necesario. Antes de un mes, nadie que la haya visto va a reconocerla.

--Hay muchas ventanas; ninguna parece tener postigos y mucho menos cristales —objetó Bianca.

—Es cierto, no hay postigos —observó también Olga—. ¿Y si viene alguien durante la noche?

—¿Algún Charles Mason? —se chanceó Peter.

—De todas maneras, entrará el frío por la noche y puede que hasta los pajarracos —dijo Shirley apoyando la objeción de Bianca.

—No empecemos a desanimarnos de buen principio —-pidió ahora Andy —. Buscaremos por dentro maderas y haremos postigos por lo menos para las ventanas que correspondan a las habitaciones que elijamos.

—Perdonad —pidió de pronto Bianca mirando a sus compañeros y terminando por clavar sus ojos en Alfred—. Me doy cuenta de que estoy comportando como una tonta. Es que tengo la intuición, llamadla irracional si queréis, de que aquí hay algo maligno, no sé cómo explicarlo.

—Si no sabes cómo explicarlo... —rezongó Peter.

Bianca miró en derredor, desasosegada. Terminó señalando hacia una colina y dijo:

—Allá hay un castillo monasterio.

—Tonta, si aquí no hay ningún castillo, todas las tierras que tenemos en derredor las hemos comprado y a un excelente precio para nuestro kibutz —le dijo Alfred cogiéndola por los hombros—. Verás cómo mañana lo ves todo de otra manera.

Bianca pegó su rostro contra el tórax masculino y sin rubor, delante de todos, confesó:

—Tengo miedo, mucho miedo...

CAPITULO IV

Se podían oír los golpes de los martillazos que los tres hombres daban casi simultáneamente. Cada uno de ellos estaba componiendo la ventana y la puerta de la habitación elegida y en la que habrían de descansar con sus respectivas parejas.

Mientras, en lo que habían dado en llamar living-room, y que constituía la pieza noble y grande de la casa, las tres chicas preparaban la cena. Se iluminaban con la luz de cuatro velas distribuidas de modo que por donde se movieran no les faltara luz. Alfred, Peter y Andy se iluminaban respectivamente con lámparas de gas para camping.

—Bueno, esto no es Versalles, pero como dicen ellos, pronto será confortable. Soplando las velas ya no se ve nada y hasta se puede imaginar una que está en el dormitorio de María Antonieta.

—Shirley...

—¿Sí, Bianca?

—¿Adónde fuiste?

—¿Cuándo?

—En Höllenhund.

—No te entiendo —le objetó enarcando las cejas mientras seguían distribuyendo los utensilios de cenar sobre la mesa.

—Sí, cuando saliste por la noche en el hostal.

—¿Que yo salí por la noche? Si no me moví de la habitación el tiempo que estuve durmiendo.

—No es posible, yo te vi.

—¿Desde dónde?

—Desde la ventana.

—Estarías soñando otra vez. Bianca, creo que no te iría mal visitar a un psiquiatra, andas algo desequilibrada, ¿no te parece?

—Está bien, olvídalo, estaría soñando como dices,

Olga se acercó a Bianca y la cogió por los hombros; parecía su hermana mayor.

—¿Qué te ocurre, Bianca? Explícanoslo, nunca te habías comportado así antes.

—Es cierto, pero...

—Todo comenzó con la pesadilla, ¿verdad?

—Sí.

—Pues tendrás que contarnos esa pesadilla con detalle para que te podamos comprender —le dijo Shirley. Casi acto seguido gritó para que la oyeran desde el piso donde se hallaban localizadas las habitaciones que iban a ocupar para dormir y que estaban siendo restauradas a marchas forzadas dentro de lo que era humanamente posible—, ¡Tiburones, el festín está listo!

—¡Ayyyyy! —gritó Andy de pronto.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Shirley también a gritos.

—¡Me he pillado un dedo!

—¿Cuál, el que hace veintiuno?

Las tres chicas se echaron a reír.

Los hombres dejaron de dar martillazos y aparecieron con sus luces respectivas por la vieja escalera que gruñía bajo su peso. Los peldaños estaban gastados, hasta tal punto que tres de ellos podía decirse que eran ya inexistentes.

—Os advierto que no será una cena como la que nos preparó Höllenhund —dijo Olga.

—Mejor, así no quedaremos luego hechos polvo.

Tras la respuesta de Andy, Bianca se atrevió a decir:

—Puede ser que la comida, aquel asado que nos gustó tanto o el vino, estuvieran drogados.

—¿Drogados? ¡Qué tontería! —exclamó Alfred.

—A lo peor lo hizo para cobrarnos la estancia en las habitaciones —aventuró Shirley.

Andy replicó:

—Si nos ha cobrado un precio muy ajustado, no creo esa tontería.

—Entonces, ¿por qué nos dormimos todos de aquella forma tan rápida? —insistió Bianca.

—Porque comimos como salvajes —replicó Peter burlón.

—Por favor, Bianca, ¿terminarás de una vez con esas suspicacias absurdas?

Bianca miró a Alfred molesta, con ojos irritados, quizá con una punta de ira y espetó:

—De acuerdo, no diré nada más.

—Será lo mejor, cenemos —cortó Alfred.

Y nadie logró romper la atmósfera enrarecida que »> les había envuelto.

—Dejaremos la limpieza de la vajilla para mañana, a ver si estos chicos son capaces de instalar un buen sistema de luz —dijo Shirley.

—Antes de una semana tendremos luz eléctrica con generador propio, ya lo veréis —les prometió Peter—. De eso me encargo yo.

Fueron apagando luces y cada una de las parejas se llevó las suyas correspondientes, encerrándose en los cuartos escogidos. El resto de la casa aparecía oscura, siniestra, incluso peligrosa, pues había muchos agujeros en el piso y también en el techo, por los que se filtraba la luz de la luna y la lluvia si ésta se precipitaba sobre la casa.

Bianca miró en derredor. Habían instalado dos camas individuales de patas plegables que se habían traído en el furgón junto con las camas de los demás. Aún tenían que hacer varios viajes para completar todo lo que necesitaban.

—Ya sé que no es muy confortable, pero pronto la pondremos a punto —le dijo Alfred conciliador.

Bianca seguía fría y respondió casi con indiferencia:

—Así ¡o espero.

Se acercó a la ventana, comprobando la especie de postigo que la cerraba.

—No temas, no entrarán vampiros por ahí —le dijo Alfred.

Tras desvestirse en parte, se acercó a la muchacha y la abrazó cogiéndola por la espalda.

—No, Alfred, por favor.

—No, ¿por qué? Es nuestra noche.

—Por favor, no te molestes, pero esta noche no.

—¿Cuándo entonces?

—No sé, hay tiempo, ten paciencia. Tengo los nervios un poco alterados.

Alfred respiró hondo y la soltó. Bianca no se volvió hasta que escuchó los gruñidos de la cama.

—¿Vas a leer, Alfred?

—¿Leer? —el hombre resopló.

—Entonces apagaré la luz.

Alfred no contestó y ella apagó la luz. A oscuras, se desnudó y se metió en la cama individual. El preguntó:

—¿Te molestó que me durmiera en el hostal?

—No, tú no tuviste la culpa.

Las risas de Peter y Olga llegaron hasta ellos con claridad debido al gran silencio que reinaba en aquella casa situada en mitad de la campiña, muy lejos de todo vestigio de civilización.

—Ese par siempre se lo pasan en grande, ellos saben cómo entender la vida —gruñó Alfred.

Bianca no respondió, se hizo la dormida.

CAPITULO V

—Hum, ¿qué haces?

—Sigue durmiendo —dijo Olga a Peter.

—¿Qué quieres a estas horas? —preguntó mirando su reloj de guarismos fosforescentes.

—Tengo sed.

—¿Y no te puedes aguantar hasta mañana?

—No, tengo mucha sed. Duerme, ahora vuelvo.

Olga encendió una vela y salió de la alcoba dejando a Peter bostezando y reencontrando el sueño.

Cuando Olga quedó en el pasillo que conducía a la escalera descendente, experimentó una sensación de frío desagradable. Se detuvo y, por unos momentos, dudó. No sabía si seguir adelante en busca de agua o regresar a la habitación y aguantar la sed hasta el día siguiente.

—Qué absurdo, yo no soy una mujer miedosa.

Descendió por la escalera peldaño a peldaño, rasgando la oscuridad con la oscilante llama de la vela que llevaba.

Su pie quedó en falso, resbaló y estuvo a punto de caer, pero con la mano libre se agarró a la baranda, la cual osciló, estando a punto de romperse.

"Uf, qué casa. Después de rodo, puede que Bianca tenga parte de razón, podían haberla restaurado antes de venir aquí", se dijo, mientras descendía a lo que eufemísticamente habían bautizado como living-room.

Al hallarse en soledad en la amplía estancia, no le gustó nada, le pareció más grande, más inhóspita y hostil. Seguía notando aquella sensación de frío que la envolviera en el pasillo, antes de bajar la escalera.

Buscó el bidón de agua puesto que aún no estaba instalada la bomba que iba a proveerles del agua del pozo. La mesa estaba por retirar. De pronto, escuchó un ruido y cayó un plato al suelo.

Sobresaltada, se volvió, ahogando un grito. Pudo ver una rata, luego otra y otra. La mesa se había llenado de ratas que buscaban las sobras de la cena.

Se le pasó la sed de golpe, sólo pensó en regresar a la escalera. Al día siguiente protestaría por tan desagradable invasión de roedores. De súbito, una ráfaga de viento penetró por la ventana que estaba encima de la cocina y le apagó la luz de la vela.

Escuchó los aullidos lastimeros de varios perros. Asustada, a oscuras, miró hacia la ventana y entonces su corazón quiso saltársele fuera del pecho.

Frente a ella, iluminado por la luna, había un ser siniestro y espectral que cubría su rostro con un yelmo sucio, viejo, mohoso, provisto de visera, puesto que sus ojos estaban clavados en ella, mientras los perros seguían aullando, y ellos no tenían ningún perro.

Aterrorizada, dio un paso atrás y unas ratas chillaron. Se volvió, descubriendo en la oscuridad algo más horrible todavía, algo más siniestro y

repugnante, algo que la estremeció hasta las raíces de los caballos, algo que jamás llegaría a imaginar...

Vio hasta tres espectros, tres seres de ultratumba, tres figuras terroríficas que sólo mirarlas helaban la sangre, mientras los cabellos se erizaban de espanto.

Eran fosforescentes y no parecían vestir ropa alguna. Sus huesos, sus vísceras, se transparentaban como si se hubieran despojado de la piel y un entramado de venas y venitas destacaban en rojo, aumentando de intensidad. Aquellos seres parecían salidos del infierno, como si el mismísimo Höllenhund, el cancerbero, les hubiese abierto la puerta para que pudieran llegar hasta la granja...

Al ver que se le acercaban y teniendo a su espalda al siniestro personaje del yelmo que permanecía vigilante, Olga no pudo resistir más y desató su garganta. Gritó, gritó, gritó...

Peter saltó de su cama y, en la oscuridad, tropezó con una destartalada silla.

—¡Maldita sea!

Salió al corredor y se topó con otras figuras humanas. Una de ellas inquirió:

—¿Quién ha gritado?

—¿Eres tú, Andy?

—Sí.

—¡Condenado, enciende una luz!

—No tengo, estoy en pijama.

-—Aquí traigo una vela —dijo Alfred apareciendo con ella encendida.

—Pero ¿qué ha pasado? —insistió Andy.

—¡Vamos, ha sido Olga!

—¿Qué le ha ocurrido?

—¡Estúpido, vamos a verlo y luego te lo cuento!

Peter se precipitó escaleras abajo y de no agarrarse a la baranda, que gruñó, habría llegado abajo primero con su cabeza, puesto que sus pies pisaron en falso en los peldaños rotos.

—¡La luz, la luz! —gritó desde el living-room.

—¿Te has roto la cabeza? —le preguntó Alfred.

—Seguro que se la ha roto —se rió Andy—, Grita como un condenado.

Los tres amigos llegaron a la sala. La gran mesa estaba sucia, con los platos revueltos y algunos de ellos volcados. La ventana se hallaba abierta y la puerta de la casa, también.

—¿Y Olga?

—Tú sabrás —rezongó Andy.

—Ha bajado a beber agua y no la veo.

—Habrá salido —comentó Alfred.

—La puerta está abierta.

Tras la observación de Andy, Peter se precipitó hacia el exterior como un

huracán.

La luna era grande, redonda, incluso hermosa dentro de su frialdad. Los árboles, con sus grandes ramas, se hacían fantasmagóricos a la luz de la luna.

—¡Olga, Olgaaaa!

—¿No la ves?

Andy salid afuera y Alfred le imitó tras asegurarse de que la joven y pletórica Olga no estaba dentro de la casa, es decir, en el gran comedor, ya que la escasez de luz podía jugarles una mala pasada.

—No se ve nada, es de noche, maldita sea. ¿Por qué le cogería sed?

—La cena estaba algo cargada de picante —opinó Andy.

—Pues pudo subirse una jarra de agua a la habitación, esto no es precisamente un hotel de cinco estrellas —masculló Peter.

—Ni una pensión de media estrella —puntualizó Alfred.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿Que qué hacemos? —Masculló Peter, mirando a Andy—. ¡Buscar a Olga!

—¿Por dónde? ¿No estará en el retrete?

—Si le ha sentado algo mal...

Peter, que era fornido y muy recio, cogió a su amigo por el cuello con una de sus manazas y, levantando el otro puño, le advirtió:

—Si quieres reírte de mí, piensa que puedo partirte le cara, estúpido.

—¡Basta ya! —Cortó Alfred—. No es ésta la mejor forma de comportarnos si hemos de convivir juntos.

—¿Es que he de dejar que este imbécil se ría de mí?

—Creo que Andy te ha hablado con buena intención. Tú estás furioso, eso es todo. Busquemos a Olga por los alrededores.

—Está bien. —Respiró hondo. Miró a Andy, que no se había defendido y que le miraba algo defraudado por su arrebato, y dijo—: Perdona, majete, es que estoy algo fuera de mí. Olga es mi mujer, me he casado con ella. La he oído gritar y ha desaparecido.

—Puede que si le pasara algo a Shirley actuara lo mismo que tú, Peter.

—Así me gusta, que me comprendas. Ahora ayúdame, compañero.

Se separaron en derredor de la casa. Andy quedó quieto, escuchando unos aullidos de perros muy lejanos.

—¿Habéis oído a esos perros?

—Sí, puede que sean asilvestrados, deberemos tener las escopetas listas por si aparecen —dijo Alfred.

—¡Olga, Olgaaaa!

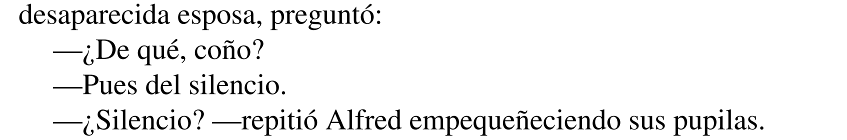
No hubo respuesta a sus llamadas. Los tres amigos se volvieron a encontrar.

—Un momento, por favor...

—¿Qué pasa, Andy? —le preguntó Alfred.

—¿No os dais cuenta?

Peter, que sólo hacía que escrutar a su alrededor tratando de descubrir a su



desaparecida esposa, preguntó:

—¿De qué, coño?

—Pues del silencio.

—¿Silencio? —repitió Alfred empequeñeciendo sus pupilas.

—Sí, no se oye nada, absolutamente nada, sólo nuestras voces y hasta suenan extrañas.

—¿Qué pretendes, Andy, que también veamos fantasmas? ¿Te has puesto de acuerdo con Bianca para gastarnos una broma?

Acallaron sus propias voces y entonces se dieron cuenta de que, efectivamente, no se oía absolutamente nada, ni siquiera los aullidos de los perros que antes habían captado.

—Es cierto, Andy, no se oye nada —admitió Alfred sombrío.

Peter, más bronco, preguntó:

—¿Y eso qué significa?

—Pues que hay demasiado silencio, tanto que es raro.

—Creo que Andy tiene razón.

—No me diréis que vais a creer en las tonterías de Bianca acerca de que esta casa está maldita, ¿verdad? Sólo faltaría esto ahora. ¡Olgaaaa!

—¡Mirad la luna, miradla! —pidió Andy.

—Se torna rojiza...

A la observación de Alfred, Peter puntualizó:

—Será alguna nube que se le pone por delante y hace de filtro a nuestros ojos.

—Es lo más probable, Peter, pero la luna rojiza tiene un aspecto angustioso y desagradable.

—Lo que yo creo es que había algún tipo agazapado en la casa y al ver aparecer a Olga se la ha llevado, pero no ha podido ir lejos con ella, Olga pesa lo suyo.

Peter, que no estaba dispuesto a cejar en la búsqueda, se alejó hacia los árboles. Andy miró a Alfred y éste fue tras Peter, al tiempo que le pedía:

—Ve con Shirley y Bianca y tranquilízalas, Andy. Tampoco es conveniente dejarlas solas después de la desaparición de Olga. Enciende todas las luces que puedas.

—Sí, sí, ahora mismo.

Andy encendió tres velas en el comedor y sólo tomó una de ellas para retornar a lo alto donde estaban las habitaciones.

Subió al piso. Todas las puertas, excepto la de Bianca, estaban entreabiertas. Se detuvo frente al cuarto y golpeó la puerta de madera con la mano.

—¡Bianca, Bianca!

—Sí, Andy.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Pues tranquila —se alejó hacia su dormitorio.

En él encontró a Shirley, pero en un estado que le dejó aturdido y perplejo:

—¡Shirley, Shirley! ¿Estás bien?

Shirley no respondió. Tendida en su litera, se hallaba empapada en sudor y babeaba ligeramente. Tenía los ojos cerrados y a intermitencias sufría contracciones musculares.

—¿Qué te ocurre, Shirley? ¡Responde, responde!

—¿Qué sucede, Andy?

—¡Ven, Bianca, ven! ¿Qué le pasa a Shirley, qué le pasa? Parece que se muere...

CAPITULO VI

Amanecía lenta, desesperantemente.

Peter se hallaba sentado, casi encogido sobre sí mismo. Respiraba larga y profundamente, devorando por su nariz litros y más litros de aire con los que llenaba sus pulmones al máximo para luego expeler el aire despacio y largamente.

La operación le ayudaba a mantenerse calmado, a no saltar como un muelle y rugir furiosamente. Entre sus manos grandes asía el ligero camisón de Olga, la prenda que la muchacha vestía cuando bajó a buscar agua. Aquel camisón era lo único que encontrara como rastro de Olga fuera de la casa.

Shirley dormía pesadamente, hacía horas que dejara de sudar. Bianca había permanecido todo el tiempo junto a ella.

Alfred y Andy, incapaces de permanecer quietos, habían subido y bajado las escaleras de la casa infinidad de veces. A cada ruido se habían precipitado en busca de una posibilidad de encontrar a Olga, mas todo había sido inútil.

La normalidad había regresado al bosque y ahora, en el albor de la amanecida, los pájaros les ofrecían una sinfonía de trinos y gorjeos que hubieran resultado gratos y reconfortantes de no ser por la situación en que se hallaban tras la desaparición de Olga.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Andy.

Peter le lanzó una mirada furiosa.

—Buscar a Olga.

—Sí, claro, pero ¿y si avisamos a la policía?

—¿La policía? Podemos buscarla nosotros, no puede andar lejos.

—Si al acabar el día no hemos dado con su paradero, será mejor avisar a la policía. Ellos tienen buenos perros para seguir un rastro.

—Está bien, avisaremos a la policía, pero ahora la buscaremos nosotros y si alguien le ha puesto la mano encima, os juro que no voy a tolerar que se lo lleve la policía, a ese tipo lo quiero para mí.

Al oír las voces, Shirley comenzó a despertar. Se agitó sobre la cama, abrió los ojos y les miró interrogante.

—¿Qué pasa?, ¿qué hacéis aquí?

—¿Te encuentras bien, Shirley? —le preguntó Andy acercándosele.

—Sí, un poco fatigada, y es extraño, porque parece que he dormido profundamente.

—Shirley, ¿no recuerdas nada?

La interrogada miró a Bianca y con expresión de desconcierto inquirió:

—¿Recordar el qué?

—Pues... por la noche...

—Cenamos, luego vinimos a dormir... Bueno, Andy esta vez sí se ha portado bien.

—Shirley, Olga ha desaparecido —explicó su marido sentándose en el

borde de la cama.

—¿Desaparecido? —repitió sin comprender.

—Voy a buscarla.

—Un momento, Peter —le atajó Alfred.

—¿Qué sucede ahora, es que no vais a estar conmigo?

—Claro que sí, Peter —le dijo Alfred—, pero aguarda un momento, por favor.

—¿Por qué?

Alfred no le miró a él, sino que clavó sus ojos en Bianca, inquisitivo.

—Dijiste que era intuición femenina, pero que esta casa estaba maldita o algo así, ¿verdad?

—Bueno, no sé si llamarle intuición.

—Dejaos de puñetas, aquí no hay nada maldito. Eso es un tío que se metió en la casa, y lo encontraremos.

—Un momento, Peter, un momento... —Alfred volvió a encararse con su esposa—. Sigue, Bianca.

—Fue un sueño, un sueño muy desagradable. Había un hombre con una capa y un yelmo herrumbroso, muy siniestro.

—¿Y qué tiene que ver con esta casa?

—Cuando estuvimos aquí la primera vez debió impresionarme la soledad de este lugar sin que me diera cuenta consciente de ello.

—No dijiste nada entonces.

—¿Puede tener algo que ver un sueño con la desaparición de Olga? —preguntó Andy mirando a Alfred interrogante.

—Dejad que Bianca se explique un poco. Los hombres somos muy racionales, pero ellas tienen esa intuición especial que es como una telepatía o hiperestesia que capta cosas que no son lógicas, pero que ninguno podemos negar que existan.

—¿Qué pasa ahora, Alfred, es que vamos a extendernos en un coloquio sobre parapsicología? —preguntó Peter impaciente y hostil.

—Por favor, Bianca, sigue —le pidió Alfred.

—Es normal que no me creáis, sólo fue un sueño. Yo estaba por ese bosque que tenemos delante y el jinete de la capa y el yelmo, que ocultaba su rostro, pero que tenía una mirada satánica, me llevó a la fuerza hacia la colina,

—¿Hacia la colina, dices? —preguntó Peter, ahora interesado.

—Sí. Recuerdo que en el sueño vi un gran roble con tres enormes brazos. Después, descendió hasta encontrar el castillo o monasterio, o quizá era ambas cosas a la vez. Allí tenía una gran piedra circular que giraba y giraba rodeándome de fuego, mientras lanzaba conjuros que yo no entendía. Fue una pesadilla horrible.

—Si hemos de buscar por alguna parte, ¿por qué- no empezamos en la dirección que señala Bianca? —propuso Alfred. Observó uno a uno los rostros de sus compañeros, produciéndose unos momentos de tensión.

—De acuerdo, podemos comenzar en la dirección que dice Bianca —

aceptó Peter.

Andy se volvió hacia Shirley y le preguntó:

—¿Quieres quedarte aquí?

—No, no, yo voy con vosotros.

—Desayunaremos luego.

Salieron de la casa y miraron hacia el bosque. No era aquélla la tierra cultivable, pues ésta se extendía en varias direcciones, tierra calificada por Alfred como excelente tras analizarla.

Todos miraron a Bianca, interrogantes. Ella cerró los ojos brevemente y luego echó a andar entre el bosque. La siguieron mientras la joven se dejaba guiar por el recuerdo de la singular pesadilla.

—Pues aquí encontramos el camisón de Olga —gruñó Peter que, como perro cazador, parecía satisfecho por encontrar un buen rastro.

El camino se hizo cuesta arriba, lo que les indicó que ascendían hacia la colina. Al llegar a lo alto, Alfred exclamó:

—Ahí está el viejo roble de los tres brazos.

—Bianca, ¿tú lo has visto antes? —preguntó Andy.

—Sólo en mi pesadilla.

—Yo no entiendo de estas cosas, pero a fe mía que me parece muy extraño. ¿Cómo se puede soñar con un lugar que no se ha visto? Porque la otra vez que es-tuvimos aquí, tú no llegaste hasta este lugar.

—No, no me moví de la casa.

—Es cierto, yo estaba junto a ella—ratificó Shirley.

—Sigamos —propuso Alfred—. Ya encontraremos la solución.

Descendieron por la colina. Defraudado, Peter exclamó:

—No hay ningún castillo, monasterio ni nada que se le parezca. Todo ha sido un sueño, sólo eso, un sueño, pero la desaparición de Olga es una realidad. ¡Olga, Olgaaaa!

—Eh, mirad, no hay un castillo pero sí ruinas —indicó Alfred.

El bosque había invadido las ruinas y entre las viejas piedras habían nacido árboles, lo que indicaba que aquel lugar estaba en ruinas desde hacía mucho tiempo. Alfred opinó:

—Esto tiene siglos.

—Parece una construcción de la mitad del medievo —dijo Andy observando los restos de algunas piedras.

—No estamos haciendo arqueología, sino buscando a Olga —protestó Peter.

Andy trató de apaciguarle.

—No te pongas nervioso, estamos comprobando que la pesadilla de Bianca tiene mucho de realidad.

—¿Realidad? Ella ha dicho que había un castillo y aquí sólo hay piedras derruidas, restos.

—Yo lo soñé como si estuviera edificado, antes de derruirse.

—Ya, como si te hubieras trasladado en el tiempo hacia el pasado,

¿verdad? —masculló Peter ácido.

—Piensa lo que quieras, pero yo también deseo encontrar a Olga.

—La buscaremos por aquí y cualquier cosa normal, cualquier detalle, puede servir. Si descubrirnos algún posible escondrijo, avisad, también un agujero o cualquier hendidura. ¿Comprendido? —pidió Alfred.

—A buscar.

—Parece que estas ruinas no son pequeñas —observó Shirley.

—¿Vamos juntas, Shirley?

—Sí, Bianca, tú y yo buscaremos por nuestra cuenta.

Se dispersaron entre las ruinas que eran más extensas de lo que cabía imaginar. Nadie podría descubrir aquellas ruinas de no meterse en aquel lugar del bosque, pues los árboles y matorrales las cubrían.

Alfred y Andy, en la búsqueda infructuosa de cualquier rastro, se encontraron. Respirando fuerte, fatigados, comentaron:

—Esto parece derruido desde hace mil años.

—Quizá sea eso, siglo más siglo menos —aceptó Alfred.

—¿Be veras crees en lo de la pesadilla de Bianca?

—Me resistía a creerlo, pero ¿cómo sabía ella que encontraríamos esto aquí?

—¿Quién sabe? Después de tomar la decisión de instalar el kibutz aquí, ella pudo meter la naricilla en una biblioteca especializada en historia y enterarse de los hechos más significativos de este lugar, descubriendo que hubo aquí un castillo o monasterio.

—Tienes razón, en una biblioteca podía haber descubierto cosas; no obstante...

—¿Qué?

—Lo hubiera dicho.

—No sé, no sé... A las mujeres les gusta mostrarse enigmáticas y darse importancia.

—Bianca no es de esa clase.

—Nadie lo diría. No te molestes, Alfred, pero desde ayer no cesa de buscar problemas. Ella nos ha puesto nerviosos a todos.

—Pero Bianca no se ha llevado a Olga.

—Es cierto. En fin, olvidémoslo, sólo era una hipótesis. Bianca podía conocer la existencia de este lugar por los libros, insisto; es aficionada a los libros raros, ya conoces su tendencia a la Filología.

—¿Habéis visto algo? —preguntó Peter apareciendo por encima de unas piedras.

—Nada —le respondieron.

Bianca y Shirley se acercaron. Fue Bianca la que dijo:

—Parece que hay salas bajo este suelo.

—¿Salas?

Los hombres las miraron desconcertados. Shirley apoyó las palabras de Bianca.

—Hemos descubierto un agujero por el que cabe un puño.

—¿Y habéis metido la mano? —Se molestó Andy acercándose a su joven esposa— Os podía morder una serpiente.

—No, no hemos metido la mano, pero sí hemos dejado caer una piedra y suena como si hubiera una sala debajo.

—¿Qué profundidad habrá?;—interrogó Peter.

—No sé, seis o siete metros aproximadamente —respondió Bianca.

Alfred propuso:

—Vamos a verlo.

Las chicas condujeron a los tres hombres al lugar donde habían encontrado el agujero y que estaba entre unas piedras que conservaban su aspecto de paralelepípedos.

—Es ahí —señaló Shirley.

El orificio se abría en un lugar que debía haber estado enlosado, pues conservaba restos, aunque entre unas losas había nacido ya un árbol. Era alto y sus raíces debían haber profundizado bajo las ruinas en busca de alimento.

Peter se lanzó prácticamente sobre el agujero y gruñó:

—No se ve nada.

—Tira una piedra y calcularemos la profundidad. Es normal que existan naves o mazmorras bajo este suelo —opinó Alfred.

Peter tomó una piedra y se hizo el silencio. La dejó caer al interior y Andy calculó:

—Son muchos metros —exclamó Peter, sintiéndose impotente. Volvió a inclinarse sobre el agujero y gritó—: ¡¡Olga, Olgaaaa!!

No hubo respuesta. Todos sintieron pena por Peter que clavaba sus dedos en la tierra gritando, al parecer inútilmente.

—¿Habrá alguna entrada al subsuelo de estas ruinas? —preguntó Andy.

—Podríamos buscarla, ¿qué te parece, Peter?

—Si alguien conoce este lugar y la forma de meterse dentro, puede emplearlo como escondrijo y si es un asesino, ¿dónde mejor para ocultar a su víctima?

Peter ya desesperaba de encontrar viva a Olga y todos se daban cuenta de ello, por lo que Alfred apremió:

—¡Vamos a buscar la posible entrada!

Buscaron por todas partes, incluso desplazando piedras que podían ser tapaderas camufladas, mas no encontraron la forma de descender al subsuelo. Shirley se dejó caer, extenuada.

—Llevamos aquí horas y ni siquiera hemos desayunado. Yo no me tengo en pie, no puedo más, no puedo más.

—Peter, hay que hacer un alto, ya no viene de una hora.

—¿No viene de una hora, Alfred? —preguntó, revolviéndose—. ¿Y si está agonizando?

—Esperemos que no sea así; por otra parte, si continuamos, caeremos todos extenuados y nada podremos solucionar.

—De acuerdo, de acuerdo, no os pido que os matéis.

—No seas idiota, Peter, todos estamos haciendo lo que podemos pero debemos descansar y alimentarnos. Vamos a la casa, luego volveremos y si a la noche no hemos averiguado nada más, avisamos a la policía, es lo acordado.

—Está bien, id a la casa, yo os espero aquí.

—¿Te vas a quedar solo? —preguntó Andy.

—Sí, sí, seguiré buscando. Si me traes un bocadillo y algo para beber, te lo agradeceré, un par de botes de cerveza fresca. Después de todo, alguien debe montar guardia en el lugar más sospechoso, no fuera que al marcharnos nosotros el asesino quisiera escapar. Puede estar agazapado bajo estas piedras.

—Bien, Peter, luego te traeremos algo, ahora vamos a la casa —aceptó Alfred.

—Os estaré esperando. Yo también soy de carne y hueso y tengo hambre, aunque más que hambre, sed, mucha sed.

CAPITULO VII

Los ojos de Andy se agrandaron como platos, el terror penetró por ellos unido a la sorpresa. No comprendía bien lo ocurrido y tampoco deseaba comprenderlo. Él era el mecánico del grupo, pero a la vez el más débil de los tres hombres, el más rasurado, el más aniñado, y en los enfrentamientos a las situaciones difíciles y adversas, si tenían que hacerse con violencia, buscaba el apoyo de Alfred y de Peter. Mas ahora estaba solo, completamente solo.

No quiso mirar más, se volvió y echó a correr soltando los botes de cerveza y el gran bocadillo.

Dejó las ruinas atrás, pasó junto al gran roble de tres brazos y descendió por la colina. Casi sin tomar aire, ahogándose, cayendo por tres veces, corrió desesperadamente.

Cuando divisó la granja, gritó, pero ahogado como iba, la voz salió aguda y rota de su garganta; luego, nada.

Llegó a la puerta y la empujó, introduciéndose en la casa. Se volcó sobre la mesa, golpeándose la cara.

—¡Andy, Andy! ¿Qué te pasa? —gritó Shirley al verle en aquel estado.

—Un momento —pidió Alfred echándole agua por la nunca y frotándosela con fuerza. Andy había llegado congestionado.

—Vamos, respira, respira despacio —le pidió Alfred.

Andy se fue recuperando. Junto a él, Shirley y Bianca aguardaban angustiadas su explicación.

—¿Qué te ha pasado, Andy, qué has visto? —preguntaba Shirley.

—Déjale que recupere el fuelle y hablará, no le pasa nada, sólo ha sido una carrera alocada —observó Alfred.

—Me temo que ha visto a la muerte —musitó Bianca.

Shirley y Alfred se la quedaron mirando. Tras recuperar el aire, Andy hizo lo mismo y admitió:

—¡Es verdad, la he visto!

—¿Qué broma es ésa, Andy?

—No es ninguna broma, Alfred.

—Explícate.

—Se trata de Peter.

Shirley inquirió:

—¿Le ha pasado algo?

—Muerto, ha muerto... ¿Lo comprendéis? ¡Ha muerto!

Andy se había puesto a chillar con histeria y Alfred le dio una seca bofetada, pidiéndole:

—Tranquilízate.

—¡Yo me voy, me voy! —Dijo respirando a golpes—. Shirley, vámonos de aquí.

—¿Por qué?

—Es un lugar de muerte, Bianca tenía razón, está maldito, maldito...

—¿Dónde está Peter?

A la pregunta de Alfred, Andy respondió sin mirarle, con los ojos bajos y dejándose acariciar el cabello por las manos de Shirley que le trataba como a un niño,

—En las ruinas.

—¿Muerto de verdad o no te has asegurado?

—Seguro que está muerto.

—Iremos a comprobarlo.

—Yo no vuelvo allá —advirtió Andy tajante.

—Está bien, voy solo. No os mováis de aquí, no os separéis. Vuelvo dentro de un rato.

—Si te vas, tú también morirás, Alfred —le dijo Andy casi como un vaticinio que sonaba a sentencia,

—Correré ese riesgo. Hasta ahora.

—Vuelve pronto, Alfred, se hará de noche en pocas horas —le advirtió Bianca—. Nos hemos pasado el día buscando.

—Volveré.

Alfred se alejó de la casa con paso rápido, sin tomar ninguna clase de arma.

Se introdujo en el boscaje y ascendió por la colina. Pasó junto al gran roble de tres brazos y bajó por el lado opuesto hasta llegar a las ruinas que debían estar a unas tres millas de la casa de campo que ocupaban.

No había preguntado a Andy sobre el sitio donde debía hallar a Peter, pero sus pasos le condujeron al lugar donde las chicas encontraron el agujero que casi se había convertido en respiradero de los sótanos de las ruinas, posiblemente el sitio donde se hallaban las mazmorras.

Se detuvo al divisar a Peter. También él quedó impresionado. Después de todo, Peter no era sólo su compañero sino también su amigo.

Peter se hallaba en el suelo boca abajo, justo en el lugar donde descubrieran el pequeño agujero en la tierra.

La cabeza de Peter quedaba oculta por la gran losa granítica que la aplastaba. Una de aquellas piedras de las ruinas le había caído sobre la cabeza o se la habían lanzado y ahora sólo aparecía un poco de sangre, porque la mayor parte de ésta debía haberse escurrido hacia el subsuelo a través del propio agujero.

Peter no se movía. Piernas y brazos abiertos daban impresión de descontrol. Se agachó junto a él y le tomó la mano,

—Peter, Peter —murmuró.

Miró en derredor achicando ¡os ojos, buscando con rabia a quien había cometido aquel crimen. Alfred comprendió que la piedra había caído fortuitamente sobre la cabeza de Peter; una piedra tallada y de tanto peso no caía si no la empujaban o la levantaban en el aire, y quien la hubiera levantado debía poseer unos músculos poderosos.

Cielos, árboles, ruinas... Giró sobre sus pies buscando en trescientos sesenta grados en torno suyo sin descubrir nada. De pronto, un pajarraco que por su color negro azulado debía ser un cuervo, alzó el vuelo graznando tras emerger entre unas de aquellas antiquísimas piedras, milenarias sin duda alguna.

Siguió con sus ojos el vuelo del pajarraco que remontó en espiral hacia lo alto y después se alejó en dirección sur.

—¿Por qué todo esto, por qué?

Vio avanzar por el nordeste unos nubarrones negros formando en el cielo como gigantescos castillos amenazadores. La tarde semejaba morir antes de tiempo, antes de la hora fijada por el padre Sol que caía y caía, descolgándose por encima de la capa del gran roble de tres brazos.

Alfred quedó quieto, muy quieto, como no queriendo que le estorbara su propia respiración ni el pequeño abaniqueo de sus pestañas.

—He oído algo...

Efectivamente, había oído algo, pero no estaba seguro; bien podía ser el rumor del viento que aumentaba de velocidad empujando a las grandes nubes presagio de tormenta.

--He oído algo —se repitió.

Tenía la impresión de haber escuchado un lamento lejano, el lamento de alguien que, torturado, agonizaba.

Se movió alrededor de aquellas ruinas y volvió a detenerse. El viento agitaba más fuerte las copas de los árboles, arrancándoles rumores constantes y fuertes.

Entre la unión de dos piedras volvió a escuchar aquellos gemidos. Pegó la oreja a ella.

—¡Olga, Olga! ¿Eres tú? ¡Olga!

No le respondían, pero los gemidos llegaban ahora claramente hasta él. Rápidamente, con furia, comenzó a desplazar una de las piedras.

Cuando hubo apartado dos grandes y pesadas losas, descubrió restos del antiguo enlosado del patio del castillo. En él había una fisura y por allí llegaban los gemidos.

—¡Olga, Olga! ¿Estás ahí, me oyes?

No obtuvo respuesta, pero estaba seguro de que había alguien sufriendo en aquel subsuelo, alguien que no respondía pero que gemía desconsoladamente.

Un trueno gigantesco semejó desgajar la tierra que tembló bajo las manos del hombre. Al volver la cabeza observó que en los minutos que había estado peleando con las piedras y llamando a Olga, el cielo se había ennegrecido por los nubarrones. La tormenta ya estaba encima de él, notó las primeras gotas de agua, gotas gordas como grandes granos de uva que, maduros, reventaran al chocar contra su espalda, contra su cabeza, contra su rostro, empapándolo.

—¡¡Olgaaaa, vendremos por tiiiii!!

Decidió regresar a la casa. Por Peter nada podía hacer y resolvió dejar el cadáver donde lo había encontrado. Regresaría para cubrirlo de alguna forma

hasta que la policía se hiciera cargo de él

En principio, al alejarse de las ruinas lo hizo corriendo como para escapar a la tormenta, mas quedó empapado tan rápidamente que comprendió que daba lo mismo correr que no hacerlo y avanzó al paso, chorreándole el agua por las perneras de los pantalones.

El agua le golpeaba con furia, como queriendo aplastarle contra el suelo ahora fangoso. Hundía los pies en el barro y, al levantarlos, sus huellas se llenaban rápidamente del agua que formaba pequeños riachuelos descendiendo por la colina mientras todo el bosque era una sinfonía de truenos y relámpagos que le cegaban, mas no conseguían detenerle y tampoco le obligaban a correr.

Se volvió para ver el gran roble de tres brazos que ya quedaba atrás y un relámpago que se abrió en tres brazos se introdujo entre sus ramas como ensortijándolas y no para destruirlas.

El estruendo fue horrísono. Cuando las vibraciones acústicas del trueno dejaron de retumbar en sus oídos, tuvo la impresión de oír los aullidos de unos perros. Eran los mismos aullidos que oyera tras la desaparición de Olga.

Alfred siguió caminando y miró su reloj sumergible de esfera fosforescente. Era tarde, pero no tanto como para que fuera de noche; sin embargo, la gran cantidad de nubes, madres de la furiosa tormenta, hacían que pareciera de noche.

Llegó a la casa tan empapado como si hubiera permanecido una hora sumergido dentro de una bañera, caminaba sin prisas.

—¡Alfred, Alfred! ¿Qué te ha pasado?

—Bianca, Andy está en lo cierto, Peter ha muerto y tengo la impresión de que ha sido asesinado.

—¿Quién lo ha matado?

Alfred miró a Shirley y respondió sin elevar el tono de su voz:

—¿Quién lo sabe? ¿Acaso ese ser del yelmo herrumbroso del que habla Bianca?

—No irás a creer que ella ha visto al asesino en sueños, ¿verdad?

Bianca permaneció callada esperando las palabras de Alfred que podían dar la razón a Shirley o quitársela.

—¿Quién sabe lo que puede ser? ¿Un fantasma de las ruinas, un enviado de Satanás o acaso un loco que habita en este lugar de pesadilla?

—Debes desnudarte y secarte, Alfred, pillarás una pulmonía —le dijo Bianca.

—Sí. —Suspiró y buscó a su amigo con la mirada—. Andy...

—¿Te has convencido, Alfred? Hemos de marcharnos todos de aquí, ahora mismo.

—¿En mitad de la tormenta? —preguntó Bianca.

—Todos puede que no, pero uno sí se va a marchar y será Andy.

—¿Yo, adónde?

—Cogerás el coche e irás en busca de la policía. Que vengan

inmediatamente, ellos podrán hacer más que nosotros.

—Si Peter ya está muerto, ¿qué se puede hacer? —interrogó Shirley.

—He oído gemidos.

—¿De Olga?

A la pregunta apremiante y angustiosa de Bianca, Alfred asintió con la cabeza.

—Creo que sí. Me da la impresión de que está abajo en aquel maldito subsuelo. Peter también debió oírla, pegó la cabeza, al suelo y se la aplastaron con una piedra. Vamos, Andy, coge el coche y ve a buscar a la policía, pero conduce con cuidado. Tienes unas cuantas millas de pista forestal y con la tormenta es posible que la atraviesen algunas torrenteras.

—Tendré cuidado y regresaré en seguida.

—No tardes, Andy, no tardes —le pidió Shirley.

—¿Quieres venirte conmigo?

—No, no es necesario. Esperaré aquí, es más seguro.

—De acuerdo —aceptó Andy.

Salió de la casa corriendo y se metió en el “Mercedes-Benz”.

La torrencial lluvia semejaba hacer bullir la tierra. Andy puso la llave en el contacto y la giró, mas no hubo respuesta por parte de la batería. Volvió a darle con insistencia y continuó muda.

Miró a través del parabrisas. Apenas se veía el punto de luz de la casa dentro de la cual había velas encendidas. Quiso darle al limpia-parabrisas y éste no se puso en marcha. El agua continuó cayendo libremente sobre el cristal.

—¡Maldita sea!

Saltó del coche y regresó a la casa.

—¿Qué ocurre, Andy?

—¿Que qué ocurre? —Respondió a Shirley—. ¡Que no funciona el coche!

—¿Has probado bien? —Inquirió Alfred—. A veces, los nervios...

—¿Los nervios? Vamos, vamos, todavía sé lo que me hago. Es la batería, parece como si se hubiera descargado.

—Qué raro, la batería es buena y no es vieja. En fin, coge las llaves del furgón y ve con él. Tráete una batería nueva para el coche.

—Sí, sí, eso haré. Deseadme suerte.

Volvió a salir, esta vez para introducirse en la cabina del furgón. Metió la llave en el contacto y, preocupado, comprobó que aquella batería tampoco respondía. No había fluido eléctrico para el arranque y quedó como anonadado mirando al cristal sobre el que seguía repiqueteando la incesante lluvia.

CAPITULO VIII

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Andy había preguntado al aire, sin elevar la voz, temblando ligeramente sus labios. Tenía miedo y sabía que no podía ocultarlo, su miedo era algo tangible que saltaba a la vista.

—Esperaremos a que pase la tormenta.

Bianca miró a su joven marido que acababa de hablar y preguntó:

—¿Y luego?

—Uno de nosotros, Andy o yo, iremos al pueblo más próximo. Höllenhund nos podrá entregar el tractor y de paso avisaré a la policía.

Bianca enarcó las cejas y repitió:

—¿Höllenhund?

—Sí, ¿por qué no?

—Quizá Bianca piensa que Höllenhund tiene mucho que ver con lo que nos ocurre.

—Shirley, ¿insinúas que ese Höllenhund es un sátiro loco? —preguntó Andy.

—No lo sé. Quien soñó fue Bianca y parece que mucho de lo que soñó coincide con lo que nos está pasando. Por cierto, Bianca, ¿cómo terminaba todo?

—Desperté cuando estaba rodeada de fuego, si es lo que quieres saber.

—No es un bonito final, claro que con el aguacero que cae, si hay fuego no durará mucho.

—No estamos para chistes, Shirley —gruñó Alfred.

—Está bien, Alfred, ¿y ahora qué? ¿Vamos a pasar toda la noche en vela? Si lo hacemos, mañana en la mañana no habrá quien nos mueva, estaremos destrozados.

—Creo que has hecho una buena, observación, Shirley. Deberíamos dormir todos, mañana la tormenta quizá haya pasado y será otro día, puede que todo lo veamos con más claridad.

—Pero alguien tendrá que vigilar, ¿verdad? —preguntó Bianca.

—¿Vigilar, crees que el loco asesino o quienquiera que sea vendrá aquí, estando los cuatro juntos?

—Esta casa, Shirley, tiene demasiados agujeros por los que podemos estar siendo vigilados, incluso ahora mismo.

—¡Basta ya, Bianca! ¿Quieres ponernos los pelos de punta? —masculló Andy, desmoronado.

—Estableceremos un turno de vigilancia —propuso Alfred.

Andy preguntó:

—¿Ellas también vigilarán?

—Sí, ¿por qué no? Bianca y Shirley pueden hacer la primera hora y media y la última, respectivamente; nosotros nos partiremos la noche. ¿Te parece,

Andy?

—De acuerdo. ¿Quién hará la primera guardia?

—Podemos echarlo a suertes. Se trata de pasar esta noche como mejor se pueda y mañana solucionaremos los problemas. Lo que más rabia me da es haber oído gemidos bajo las ruinas y no poder hacer nada. En fin, mañana veremos qué se puede hacer; el día ya ha sido bastante duro.

—¿Y no hay posibilidad de que te confundieras, Alfred? —le preguntó Shirley.

—No.

—¿Por qué no das tu opinión, Bianca?

—¿Para qué? Andy dice que se le ponen los pelos de punta.

—¡Está bien, di lo que piensas, pero no fantasees demasiado!

—Yo no sé lo que le ha ocurrido a Olga, sólo sé que este lugar está maldito y que aquí pasan, y pasarán cosas horribles. Me da la impresión de que en esas ruinas, hace siglos, debieron celebrarse aquelarres satánicos o algo por el estilo.

Alfred miró primero a Andy significativamente y después a Bianca para preguntarle directo:

—¿Lo has leído en algún libro antiguo?

—No.

—¿Seguro?

—Pareces dudar de mí, Alfred. He leído muchos libros, pero, sobre este lugar concreto, puedo jurarte que no.

Shirley salió en defensa de su amiga, quizá por ser ambas del mismo sexo, y dijo:

—Es ridículo, sólo falta que desconfiemos entre nosotros mismos.

—No sigas, Bianca. Creo que lo referente a tu pesadilla ya lo has contado todo, lo demás serían suposiciones. Durmamos ahora. Andy, ¿te parece mejor la primera o la segunda guardia?

—Prefiero la primera.

—Entonces, yo haré la segunda guardia, tú me despiertas. —Miró a las dos mujeres y preguntó—: Y vosotras, ¿cómo os lo vais a repartir? Una que se quede despierta ahora y la otra, yo mismo me encargaré de avisarla a las cinco de la mañana y sólo tendrá que esperar a que se haga de día.

—Yo no tengo mucho sueño ahora. Bueno, por la mañana me gusta dormir más y Bianca tiene más facilidad para preparar el desayuno que yo. Si está despierta, pues...

—De acuerdo, Shirley. Que Alfred me despierte a las cinco.

—¿Y dónde dormiremos? —preguntó Andy.

—Arriba —indicó Alfred.

—Si estamos en habitaciones separadas, ¿de qué servirá la guardia?

—Andy tiene razón —aceptó Bianca.

—Pondremos cuatro camas en una habitación y dormiremos todos en la misma. ¿De acuerdo?

Asintieron; nada podían hacer, seguía lloviendo con fuerza, aunque los relámpagos y los truenos habían amainado.

—Aguardad, cerraremos bien la puerta —dijo Alfred yendo hacia la puerta de la casa y atrancándola dentro de lo que era posible.

Con todas las velas, ascendieron por la desgastada escalera sorteando los peldaños destruidos.

El dormitorio de Andy y Shirley y también el que utilizara el desgraciado matrimonio de Peter y Olga estaban encharcados, había goteras considerables, pero la habitación de Alfred y Bianca se podía estimar como buena y a ella llevaron dos de las literas, preparando así las cuatro camas en un mismo cuarto.

—Dejaremos una luz encendida —propuso Bianca—. El que vea que se va a consumir, que cambie la vela. ¿De acuerdo?

—Sí. A mí no me gusta dormir con luz, pero, qué le vamos a hacer —se quejó Andy haciendo gruñir con su peso la cama que le correspondía al dejarse caer sobre ella.

—Si no os importa, abriré un poco la ventana —dijo Alfred—. Somos demasiados para dormir toda la noche con ventana y puerta cerradas.

Nadie protestó y entreabrió la ventana. Afuera seguía cayendo el aguacero, golpeando con fuerza los techos de los vehículos que, sorpresivamente, se habían quedado con las baterías descargadas.

Shirley quedó sentada en su litera montando la primera guardia por si algo sucedía. Cerrada la puerta de la habitación, todos quedaron más tranquilizados. Sabían que les acechaba un peligro e ignoraban de qué clase, lo que sí sabían era que resultaba maligno y homicida. La muerte de Peter no era una suposición, sino una desagradable certeza.

Alfred cerró sus ojos tras acariciar con ellos la figura de Bianca que se perfilaba bajo la manta de su litera.

En la mente de Alfred se agolparon las pesadillas, una tras otra, cortas pero obsesivas. Después de los hechos del día era lógico que todos ellos sufrieran pesadillas, y así fue.

Una gran sombra siniestra; alada, le acosó hasta intentar sujetarle. Despertó y quien le cogía por el hombro no era otro que Andy.

—Ah, eres tú. ¿Ya es la hora?

Andy siguió sacudiéndole nerviosamente y le habló en voz baja:

—No, no es la hora.

—Entonces, ¿por qué diablos me despiertas?

—Está ahí, está ahí...

—¿Quién está ahí? —preguntó, parpadeando desconcertado.

—Peter.

—¿Peter?, ¿has bebido?

—Nada, te lo juro; pero está ahí.

—¿Ahí, dónde?

—Abajo, está abajo.

—No es posible. Peter está muerto, yo lo he tocado con mis manos.

—Pues está abajo y de vez en cuando llama gimiendo,

—Tú sufres pesadillas despierto, Andy.

—Escúchalo, escúchalo tú también —suplicó— Yo, yo no me he atrevido a abrir la puerta.

Alfred suspiró. Se levantó, acercándose a la puerta, y entonces, en tono lejano pudo escuchar:

—¡Bianca, Bianca, ayúdame, ayúdame, Bianca, soy Peter!

—¿Lo has oído? ¿Ves como no estoy soñando?

Alfred quedó quieto, pensativo junto a la puerta.

—Peter está muerto y ese que gime abajo quiere a Bianca, quiere que baje ella como Olga bajó anoche.

—¿Qué vas a hacer? —interrogó Andy

—Bajar para verle la cara a ese tipo.

—No lo hagas, Alfred, espera a mañana; no bajes ahora —casi gimió Andy.

—Si no quieres que baje, ¿para qué me has despertado?

—Para que oyeras la voz y también para confirmarme a mí mismo que no estaba soñando.

—Me llevaré una vela, pero mejor me iría una linterna.

—Las dos que tenemos están en eh furgón. No acertamos una, Alfred.

—Iré con una vela. ¿Sigue lloviendo?

—Sí, pero poco, el rumor llega más suave desde el exterior.

Alfred tomó una vela y la encendió con la otra que permanecía encendida en la habitación. Después, abrió la puerta.

—Alfred, aguarda.

—¿Qué pasa ahora?

—¡Bianca, Bianca, baja, soy Peter!

La llamada se había repetido; los dos amigos se miraron y Andy tartamudeó:

—Ten cuidado,

—Por supuesto, se trata de mi piel.

—¿Y si no vuelves?

—Pues tendrás que arreglártelas tú solo con las chicas...

—No bromees ahora, Alfred, no es momento para bromas.

Alfred prefirió no seguir hablando con Andy que estaba con el miedo metido entre las piernas y no conseguía desprenderse de él.

Alfred descendió al mal llamado living-room y escrutó a su alrededor. No había nada anormal, nada extraño que le llamara la atención; sin embargo, estaba seguro de que la voz que llamaba a Bianca no había sido una mera ilusión.

Se quedó mirando la puerta y tuvo la sensación de que había alguien tras ella. Dejó la vela sobre la mesa y tomó un cuchillo de cocina entre sus dedos. Bajó la mano y puso la brillante hoja de acero inoxidable por delante.

Paso a paso, se aproximó a la puerta procurando evitar todo ruido que le delatase,

Muy despacio, tomó el cerrojo y lo descorrió. Abrió la puerta casi con violencia, echándose hacia atrás. Sus músculos estaban tensos y su mano, armada con el cuchillo, dispuesta para asestar un golpe mortífero, mas no lo hizo. Su intención era más asustar que apuñalar.

Un cuerpo cayó al suelo como un saco. Los pies quedaron en el mismísimo umbral, bajo el dintel de la puerta, en perpendicular al mismo, y el resto del cuerpo se había extendido hacia el interior de la casa.

Mirar aquel cuerpo resultaba horrible. La cabeza era una masa informe, estaba deshecha, machacada. El agua de la lluvia había disuelto la sangre y la esparcía alrededor del cadáver.

—¡Peter! —gimió Alfred.

—¡Blanca! —llamó una voz de ultratumba que provenía del exterior.

Alfred no podía cerrar la puerta sin introducir el cadáver, pues las piernas de éste lo impedían. Miró hacia el exterior y descubrió algo que le dejó anonadado.

Había visto cosas semejantes, pero en dibujos de determinadas revistas sensacionalistas, revistas dedicadas a la magia negra y al espiritismo, a la parapsicología y otras artes y ciencias metapsíquicas.

Aquel ser no era mayor que Alfred, fosforescía en mitad de la lluvia que le caía encima o quizá ni le tocaba. Era difícil asegurarlo, si no se acercaba uno para tocarlo con los dedos.

Era un ser humano, o por lo menos tenía figura externa de tal, mas parecía faltarle la piel y ofrecía a la vista de quien lo viera millares de diminutas ramificaciones venosas que subían de color a intervalos. También se podían ver ciertos órganos que casi parecían luminosos. Los ojos y la boca apenas destacaban en aquella fosforescencia que semejaba iba a disolverse entre la lluvia de un momento a otro.

—¿Quién eres? —preguntó Alfred abiertamente, con el cuchillo aferrado entre sus dedos.

—¡Bianca, Bianca!

Hubo más llamadas a Bianca, y Alfred vio que había más espectros cerca de la casa, espectros inmóviles bajo la lluvia.

—¿Quiénes sois, quiénes sois?

Detrás de los espectros, algo más lejos y confundiéndose con la propia noche, Alfred descubrió a un nuevo personaje que montaba a caballo y que cubría su cuerpo con una capa y su rostro con una carátula metálica, vieja y desagradable.

—¡Que se entregue Bianca y los demás salvaréis la vida! —dijo, con voz gutural, una voz de ultratumba.

—¿Quiénes sois, quiénes sois? —gritó Alfred.

Los terroríficos espectros seguían ante él reclamando, exigiendo la entrega de Bianca. Eran seres de otro mundo, no podía dudarlo y sabía que jamás iba

a creerle nadie si lo contaba.

—¡Fuera, hijos de Satanás, marchaos, marchaos!

—No; nos entregaréis a Bianca o todos moriréis... —advirtió con su voz lúgubre el hombre del rostro oculto y que permanecía sobre el caballo negro.

Alfred, recordando la desaparición de Olga, el asesinato de Peter, de su compañero y amigo que ahora yacía dentro de la casa con la cabeza tan aplastada que resultaba irreconocible, no dudó en lanzarse contra los espectros, sin importarle que su acción pudiera costarle la vida.

Bajo la lluvia, llegó frente al espectro que tenía más cerca y lanzó su brazo con firmeza hacia delante, como habría hecho un cruzado del Medievo ante el enemigo hereje. Notó que no sólo su cuchillo, sino también su mano y su brazo penetraban a través del cuerpo del espectro, traspasándolo de parte a parte.

El espectro se desplazó como una materia algodonada, blancuzco amarillenta, que terminó llevándose la lluvia. Había sido como despanzurrar una almohada dentro de una piscina al tiempo que el espectro abría una boca enorme y lanzaba un grito gutural, cascado y extraño, de ultratumba, como si fuera a vomitar sus órganos por la boca y sobre el herido Alfred que se había lanzado contra lo desconocido pese al lógico pavor que inspiraban aquellos seres.

Enfurecido, Alfred asestó más cuchilladas, deshaciendo el espectro.

No tardó en quedar una masa informe de algo que apenas pesaba, algo que la lluvia se llevaba hacia el interior de la tierra.

De pronto, oyó los aullidos lastimeros de unos perros que antes no había visto. Cuando buscó con la mirada, no divisó ya a los otros espectros ni al jinete. Se habían disuelto en la noche del extraño y maléfico bosque que albergaba aquellas ruinas de las que, sin duda alguna, brotaban los espectros asesinos.

CAPITULO IX

Shirley y Bianca dormían, ni Alfred ni Andy habían osado despertarlas para explicarles lo sucedido.

A Andy le costaba disimular el castañeteo de sus dientes. Podía alegar que era frío, pero era un frío producto del miedo. Había llegado a ver a uno de los espectros por la ventana y había notado una rara sensación en la piel de todo el cuerpo que se le había puesto de gallina. Le pareció como si un extractor succionara sus cabellos hacia arriba, tirándole de las raíces. Casi sin voz para preguntar, recibió el regreso de Alfred que le había pedido:

—Una manta.

—Estás mojado.

—Es para el cadáver de Peter.

—¿Era Peter?

—Está abajo, dentro de la casa, lo han traído ellos.

—¿Los espectros?

—Si no ellos, el sujeto que los dirige, el que lleva el caballo negro y la cara tapada con el yelmo.

—Alfred, ¿qué explicación das a esto?

—Ninguna. Esto escapa a todo raciocinio, está fuera de nuestro alcance comprenderlo. Es algo que queda más allá de la vida y de la muerte. No lo entiendo, Andy, de verdad.

Alfred bajó de nuevo al comedor para cubrir el cadáver de Peter; no deseaba que Bianca o Shirley lo vieran súbitamente, por sorpresa; podían recibir una desagradable impresión.

—¿Qué vamos a hacer, Alfred? —le preguntó Andy al regresar a la habitación.

Alfred cerró la puerta y exhaló un profundo suspiro. El agua caía por el pantalón de su pijama, pegando la ropa a las piernas.

—Hay que traer aquí a la policía, aunque nos encierren por locos.

—Pero ¿qué pretenden, asesinarnos?

—Ahora piden a Bianca.

—¿A Bianca?, ¿por qué?

—No lo sé y tampoco quiero saberlo.

—Si lo supiéramos —arguyó Andy.

Alfred le cogió por un brazo, inquisitivo y sombrío.

—¿Qué has querido decir?

—No me interpretes mal, sólo deseaba saber para qué quieren a Bianca.

—¡He dicho que no quiero saberlo!

—¿Crees que le pasaría lo que a Olga?

—¿Y qué, si no? Y lo malo es que no sabemos siquiera qué le ha sucedido a Olga. ¿Para qué querrán a las mujeres?

—Las mujeres, desde muy antiguo, han sido empleadas para ceremonias

rituales y sangrientas.

—¿Crees que Olga ha sido asesinada ya en un ritual sangriento?

—¿Por qué, si no, reclamarían ahora a Bianca? Se les ha terminado la diversión, pero yo ya me he desembarazado de uno de esos extraños seres.

—¿Has podido matar a un espectro?

—No sé si se puede llamar matar. Su cuerpo era como de algodón y no se ha defendido.

—Si no se ha defendido, ¿por qué les hemos de temer? —preguntó Andy tragando saliva.

—Entonces, ¿por qué les temes tú?

—¿Yo? Bueno, no les temo, pero...

—Mañana en la mañana, cuando nazca el nuevo día, iré hasta la aldea andando y allí daré parte de lo ocurrido. Traeré el tractor o lo que sea con baterías nuevas para nuestros vehículos y nos largaremos de este maldito lugar.

—Alfred, Alfred... —interpeló indeciso, pero en voz baja para no despertar a las dos muchachas que dormían con un sueño nervioso a juzgar por las vueltas que daban en sus respectivas literas.

—¿Qué?

—Deja que vaya yo.

—¿Tú?

—Sí, ¿por qué no? Tengo el paso rápido y tú puedes defender mejor a las chicas si sucede algo aquí. Ya te has enfrentado a uno de esos espectros.

Alfred le miró abiertamente, pero con una sombra de desprecio.

—No quieres quedarte, ¿verdad?

—Yo, yo...

—Está bien, ve tú a buscar ayuda.

—Cuando salga el sol.

—Sí, claro, cuando salga el sol, no te voy a exigir que te marches ahora, después de lo ocurrido. Esos seres se mueven muy bien por este bosque y en la noche.

Alfred se desnudó, quedándose en calzoncillos. Buscó una toalla, se secó sin esmerarse y se dejó caer sobre la litera. Andy se le acercó inquisitivo.

—¿Crees que la policía podrá atraparles?

—No.

—¿Entonces?

—La policía investigará la muerte de Peter y es posible que sospechen de nosotros.

—¿Por qué íbamos a asesinarlo nosotros?

—Eso se preguntará la policía; espero que piensen en un loco suelto.

—¿No creerán lo de los espectros?

—No, salvo que los vean con sus propios ojos.

—Si pasan aquí la noche —objetó Andy.

—Anda, descansa, será lo mejor.

—¿Vas a vigilar tú?
—Sí, ya no dormiré, puedes hacerlo tú.
—Es que no podré dormir después de lo ocurrido.
—No importa, tiéndete en la litera y si oyes ruidos o los malditos aullidos de los perros, tápate los oídos e ignóralos.
Andy se estiró en la cama y se quedó mirando el techo, mientras la llama de la vela consumía la cera, gota a gota.
No escucharon más ruidos extraños, sólo el rumor de la lluvia, monótono y constante. Habían agudizado el sentido del oído en busca de sonidos que delataran alguna presencia extraña, pese a no desear captar ningún ruido. Mas no se produjo ningún hecho desagradable.
Andy terminó durmiéndose por cansancio. Su rostro no adquirió un rictus suave, sino que aun en sueños quedó contraído, tenso.
La vela se fue acortando; al ver que el cabo de la misma se hacía minúsculo, Alfred se levantó y cambió la vela, encendiendo otra.
—Alfred...
La llamada había sido hecha en tono muy bajo. Se volvió.
—Bianca...
—Son casi las seis. ¿Por qué no me has despertado?
—No era necesario.
—Me tocaba vigilar a mí.
—No hubiera podido dormir de todos modos, ¿para qué despertarte?
—Pues ya estoy despierta, amor.
Lo besó en los labios, suavemente.
—Bianca, Bianca... —le cogió por los brazos antes de estrecharla contra sí —. Estamos casados y todavía no...
—Ya llegará el momento, Alfred —le atajó—. Estamos viviendo horas de pesadilla, he tenido sueños horribles y ahora no podría gozar del amor, sería imposible.
—¿Has soñado con el jinete de la capa y el yelmo?
—Sí, he soñado que quería llevárseme otra vez al castillo que no estaba ruinoso como nosotros lo hemos visto.
—No te separes de mí, Bianca, no te separes.
—¿Qué sucede, Alfred? Parece como si tuvieras miedo.
—A perderte.
—No temas, ya se va a hacer de día. ¿Llueve?
—Sí, creo que no tan fuerte como ayer, pero continúa lloviendo.
—Iré a preparar los desayunos. Con tantos sucesos desagradables nos estamos olvidando hasta de comer.
—No.
—¿Qué ocurre?
—No bajes ahora, ya bajaremos todos luego.
—Pero ¿qué sucede, Alfred? —insistió.
—Abajo está Peter.

—¿Peter? Si estaba en las ruinas. —Le palpó los cabellos mojados y exclamó—: Has estado bajo la lluvia. ¿Has ido a buscarle?

—No, no he sido yo, lo han traído ellos.

—¿Ellos?

—Los espectros y el jinete del yelmo que apareció en tus sueños.

—¿Quieres burlarte de mí, Alfred?

—No, Bianca.

—¿Quiénes son esos espectros?

—¿No los viste en tus sueños?

—No, sólo salió el jinete del yelmo que ocultaba su rostro, pero que tenía mirada satánica.

—Pues ese jinete lleva a unos espectros, seres horribles que no tienen nuestro peso ni nuestra densidad. Son seres horripilantes, corno espíritus que hubieran tomado un poco de materia para reencarnarse, para regresar del pasado, quizá del infierno. Son espectros que buscan algo.

—¿Qué pueden buscar? —preguntó con un hilo de voz, sobrecogida.

—A ti, Bianca, a ti, como ya se llevaron a Olga.

—¿A mí?

—Sí, por eso no debes separarte de los demás ni alejarte de la casa. Te buscan a ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Olvídalo.

—No, Alfred, no quiero olvidarlo. ¿Qué te han dicho?

—Que vayas con ellos.

—¿Adónde?

—No lo sé, pero olvídalo. Esperaremos a que salga el sol y bajaremos a preparar los desayunos; aunque no veamos el sol por la lluvia, bastará con la claridad del día, un día de lluvia,

—Alfred, tengo miedo, mucho miedo. Habías llegado a convencerme de que era una maniática, pero...

—Las circunstancias te han dado la razón.

Alfred la estrechó contra sí y notó que Bianca se estremecía. Deseó que Shirley y Andy no estuvieran allí, deseó estar a solas con Bianca y olvidarse del resto del mundo, especialmente del jinete del yelmo y los malignos espectros, si es que pertenecían a este mundo.

CAPITULO X

El cadáver de Peter fue retirado a un lugar no tan visible del salón comedor y Shirley tiró agua al suelo para borrar el rastro de sangre.

—Habrá que arreglar todo esto —dijo Bianca, mirando los restos que quedaban en la mesa.

—Yo me tomo el café y un panecillo con una lata de jamón y me voy —indicó Andy.

La claridad del día les daba nuevos ánimos. No había cesado de llover, pero la lluvia era ahora fina, apenas perceptible. Se sentían mejor tras la desagradable noche pasada.

No tardó en esparcirse por el interior de la casa el olor de un reconfortante y buen café. Ninguno de los cuatro quiso hacer mención a lo ocurrido por la noche y tampoco hicieron alusión al cadáver de Peter.

Andy, engullendo lo que le quedaba del bocadillo que se había preparado, dijo:

—Entre unas cosas y otras, no regresaré antes de cuatro o cinco horas, y eso si todo va bien. Esperemos que con la lluvia que ha caído no se haya cortado el camino.

—Si no puedes pasar, a la noche haz el camino en el tractor. Como has de hacer el camino a pie, sabrás bien cómo está el suelo.

Andy se despidió de Shirley besándola. Estrechó la mano de Alfred rehuyéndole la mirada; en el fondo se sentía un poco avergonzado, carecía del empuje de su compañero y él se daba cuenta.

—Espero volver a verte pronto, Andy —le dijo Alfred.

—Sí, claro, en pocas horas.

Alfred tuvo la impresión de que Andy deseaba huir, huir como pudiera de tan desagradable situación. Tenía miedo y aquello era humano, pero lo que debía hacer era vencerlo.

Andy abandonó la casa a paso rápido, llevaba el mango de una azada como arma y así lo perdieron de vista.

—Ahora sólo hay que esperar, ya no llueve —manifestó Shirley con un suspiro.

—Me gustaría regresar a las ruinas —observó Alfred.

Bianca se asustó un poco y dijo:

—Es peligroso, pueden asesinarte como a Peter.

—Es una posibilidad, pero si hubieran querido matarme ya lo habrían hecho. Creo que a Peter lo cogieron desprevenido y por eso lo asesinaron.

—¿Te vas a ir?

A la pregunta de Shirley, Alfred asintió con la cabeza después de tomar su segunda taza de café.

—No puedo quitarme de la cabeza los gemidos que oí en las ruinas y que estoy seguro lanzaba Olga.

—Cuando venga la policía, descubrirá el lugar —puntualizó Bianca. Obviamente, no deseaba que Alfred se expusiera yendo de nuevo a las ruinas donde fuera asesinado Peter.

—¿Y si cuando llega la policía ya es demasiado tarde?

Bianca vaciló, atreviéndose a preguntar:

—¿Y si ha muerto durante la noche?

—¿Y si aún está viva? —le replicó Alfred.

Desarmada, aceptó:

—Está bien, haz lo que estimes más justo.

—¿Venís conmigo?

Shirley denegó con la cabeza antes de decir:

—No tengo deseos de volver a aquellas ruinas.

—¿Y tú qué opinas, Bianca?

—Me quedo con Shirley.

—¿Estaréis juntas en todo momento?

—No nos separaremos —aseveró Shirley—, seremos como siamesas.

—Aunque parezca que a esos seres les gusta salir por las noches, mejor cerráis las puertas. ¿Comprendido?

—Sí, no temas, lo cerraremos todo hasta que tú vengas.

—Yo llegaré mucho antes que Andy con la policía y las baterías para los coches. Bianca...

—Te comprendo, Alfred.

—Después de oír sus gemidos, si no fuera ahora que puedo hacerlo, me sentiría culpable por no haber intentado ayudarla.

—No puedes sentirte culpable de nada, Alfred, estás tratando de hacer lo que puedes.

Mientras el hombre se preparaba para marchar de nuevo hacia las ruinas por si existía alguna posibilidad de salvar a Olga, Andy avanzaba rápido por el camino, saltando charcos y con los pies embarrados.

Tras alejarse de la casa, echó a correr como temiendo ser perseguido. Después, ya más fatigado, disminuyó la marcha, pero nunca yendo al simple paso. Tenía prisa por arribar a la aldea, a un lugar civilizado desde donde poder llamar a la policía.

El boscaje era denso y no cesaba de mirar en derredor, mientras avanzaba. Cualquier ruido, incluso los que él mismo provocaba al pisar una rama o chapotear en un fangal, le asustaban, tenía los nervios tensos y superexcitados.

Cuando dejó la pista forestal y saltó al asfalto de la estrecha carretera, suspiró de alivio. Era como si al pisar el asfalto hubiera regresado al mundo de la razón, dejando atrás el desvarío, lo siniestro, lo infernal. Se dijo a sí mismo que si no regresaba acompañado de la policía, no volvería a la granja. Pensó en

Shirley y sacudió la cabeza como para apartarla de su mente.

No tardó en sentirse cansado, en notar que los pies le quemaban. Le

saldrían ampollas por no habérselos secado después de salir de la pista forestal. Trataba de llegar cuanto antes a la aldea y gruñía por lo bajo.

—No pasa ni un coche por esta maldita carretera, no sé por qué la habrán hecho, sólo para unos imbéciles como nosotros.

Divisó las casas de la aldea, que eran pocas y algo separadas entre sí. Sabía que los almacenes con que se encontraría primero eran propiedad de Höllenhund, el hombre que se había convertido en su proveedor principal. Luego, estaba la taberna, y hacia ella se dirigió. Se prometió a sí mismo beberse un largo trago de coñac antes de avisar a la policía.

Al verse en lugar civilizado, respiró, se sintió mejor. Fue entonces cuando la lluvia volvió a dar signos de presencia.

—¡Maldita sea, otra vez llueve! —echó a correr.

Pasó por delante de los almacenes tratando de llegar cuanto antes a la taberna. La lluvia arreciaba por momentos y no deseaba mojarse completamente. Llegó a la taberna, empujó la recia puerta y se introdujo haciendo sonar la campanilla.

—¡Uf! —Se acercó al mostrador y alzó la voz para pedir—: ¡Un coñac doble!

Tras el mostrador no había nadie y tampoco en el resto del local.

—Está vacío... ¿Qué diablos pasa aquí? ¿No viene nadie a tomar un trago?

Se movió por la taberna, nerviosamente.

—¡Tabernero!

La puerta que conducía a lo que podía ser la vivienda estaba abierta; se introdujo por ella.

—¡Tabernero! —volvió a interpelar.

—Hola, Andy.

La voz había soñado muy cerca de su oído; se giró bruscamente.

—Höllenhund...

El propietario de la taberna y del hostal especializado en platos de caza sostenía entre sus fuertes manos un tridente de largas púas de acero, construido algún día para manejar el heno; sin embargo, en aquel momento iba a ser empleado de forma muy diferente.

Andy, agotado, sorprendido, no pudo reaccionar ante el violento impulso con que Höllenhund, el cancerbero del infierno, manejó el temible tridente de largas púas de acero que penetraron en el cuerpo de Andy por el estómago, por debajo de las costillas flotantes y de abajo arriba, buscándole el corazón.

Con la espalda pegada a la pared, Andy se abrió de brazos, desencajó su boca. Sus ojos quedaron casi desorbitados y cuando quiso lanzar un grito de dolor y pánico, saltó un brutal vómito de sangre por su boca. Como si Höllenhund esperara a que aquello ocurriera, se apartó a tiempo para no recibirlo sobre su propio cuerpo.

—Conque venías a buscar a la policía, ¿eh? ¡Estúpido, estúpido, estúpido!

Andy, que había expirado con la boca desencajada, el pecho lleno de sangre y una expresión de auténtico dolor y terror, quedó sentado en el suelo

con el tridente clavado en su cuerpo.

Höllenhund no reía, pero parecía satisfecho por lo que acababa de hacer. Le puso un pie en el vientre y haló del mango del tridente, arrancándoselo. Tomó a Andy por los tobillos y lo arrastró hacia un almacén que más que oler, hedía a vino agrio.

Se fijó en un tonel puesto en pie y destapado, y acercó a Andy hasta él. Acabó metiéndolo dentro y después buscó la tapa y la claveteó, asegurándose de que no pudiera abrirse con facilidad.

—Herr Höllenhund, ¿necesita algo de mí?

El hombre era contrahecho, pero no jorobado; parecía cojo, aunque nada sucedía a sus piernas. Sus gestos eran algo nerviosos y un lado de su rostro parecía medio paralizado e inexpresivo. Era Walter, el tabernero.

—Limpia la sangre que veas. He matado a un perro y no quiero que quede sangre.

—¿Ha matado a un perro, Herr Höllenhund?

—Sí, he matado a un perro, estúpido. Vamos, haz lo que te digo.

—Sí, Herr Höllenhund, sabe que si desea algo de mí no tiene más que pedírmelo.

—Dentro de diez minutos te quiero en el jeep, me ayudarás a cargar este tonel. Tengo que llevármelo.

—Sí, Herr Höllenhund, estaré en seguida.

—Date prisa —apremió agrio—. Si no fuera por mí, haría años que te habrías muerto de hambre.

—Es cierto, Herr Höllenhund. Le estaré agradecido hasta la muerte y usted lo sabe.

—Sí, seguro que sí; tú eres un tipo que siempre has sabido tener la lengua quieta.

—Yo sirvo en la taberna y escucho, pero no hablo, Herr Höllenhund, usted lo sabe.

—De no ser así, habría puesto a otro en tu lugar. No es que ganes mucho, pero en la taberna nunca te ha faltado un plato caliente y vino para tu mesa.

—Así es, Herr Höllenhund.

Dejó el martillo sobre el tonel y, encarándose con el extraño Walter, preguntó sorpresiva e inesperadamente:

—¿Qué piensas de mí, Walter?

—Que es usted el amo, Herr Höllenhund.

—¿Y qué más?

—Nada más, no se puede pensar nada más del amo.

—Así está bien. ¿Sabes que hay dentro de este tonel?

—Un perro muerto, Herr Höllenhund.

—¿Un perro muerto, seguro? —insistió diabólicamente mordaz.

—Sí, Herr Höllenhund.

—Perfecto. Tú te morirás de viejo en la taberna, Walter.

—Gracias, Herr Höllenhund, gracias.

—Limpia la sangre, rápido. Esos perros asilvestrados se meten dentro de las casas para matar a las gallinas y hay que eliminarlos.

Volcó el tonel y rodando ¡o llevó hacia el patio posterior donde había un jeep con remolque y, dentro de éste, un hermoso caballo negro que relinchó al verle.

Mientras, tres perros que parecían gemelos, daban vueltas en torno al vehículo; eran tres perros negros que, sin duda alguna, había parido la misma perra.

CAPITULO XI

Desesperaba Alfred después de buscar y buscar entre las ruinas sin encontrar nada, absolutamente nada que pudiera indicarle dónde hallar a Olga.

Miró el lugar donde fuera asesinado Peter y se pegó al agujero, cuerpo a tierra, sin lograr oír nada. Ya no había gemidos que suplicaran ayuda angustiosamente.

La lluvia había lavado todo posible rastro y no encontró nada. Había andado de norte a sur, de este a oeste y en torno al perímetro de localización de las ruinas sin hallar el menor rastro que pudiera indicarle algo, por pequeño que fuera.

Se apartó de las ruinas y descendió un poco hacía el torrente que ahora bajaba con agua. Comenzaba a lloviznar de nuevo cuando entre unos arbustos descubrió algo que llamó su atención.

—¿Será una cueva?

Se acercó. Miró entre los arbustos y vio que se podía pasar. Avanzó unos pasos y entonces...

—¡Las huellas!

Se adentró en la cueva que podía ser natural o quizá con un milenio de existencia. Avanzó más de cien pasos hasta llegar a un lugar donde la cueva se convertía en un verdadero túnel hecho por la mano del hombre. Habituados ya sus ojos a la oscuridad, notó que llegaba a una zona donde había claridad.

Se encontró ante tres túneles, decidiéndose por uno de ellos, y arribó a una amplísima sala en la que penetraba la tenue claridad a través de varios agujeros que se abrían en el techo. En el suelo había charcos, el agua había penetrado durante la noche a causa de la constante lluvia.

Estaba ya en el subsuelo de las ruinas que tanto habían buscado sin conseguir hallarlo hasta aquel preciso momento en que le había ayudado la casualidad, aliada con la fortuna.

A la gran nave accedían varios túneles siniestros y oscuros como simas sin fondo. Lo que llamó poderosamente su atención fue la gran piedra octogonal colocada sobre un cubo de granito a modo de eje. Encima de aquella piedra, que daba la impresión de ser un altar, había restos humanos. En realidad era un esqueleto cuyos huesos daban la impresión de estar carcomidos, como si a través de los siglos hubieran ido perdiendo todo su contenido hasta el tuétano.

Alfred se aproximó para verlo mejor a la escasa luz que había en la gran nave. En las falanges de una de las esqueléticas manos descubrió un aro de oro y palideció. Se acercó más y tomó el anillo sin dificultad. Conocía aquel aro porque era idéntico al suyo.

Recordó el día en que eligieran las alianzas; el propio Peter había dicho:

"—Todos los anillos iguales, en un kibutz todos somos iguales, ¿no?"

"—¡Claro!", le habían respondido, echándose a reír. Y los seis anillos de

oro habían sido comprados iguales.

Alfred no podía dar crédito a lo que veía, mas el anillo no ofrecía lugar a dudas.

—Olga... —musitó.

Escrutó el esqueleto de huesos carcomidos. No podía ser que en algo más de un día, en contadas horas, Olga se hubiera transformado en aquello que estaba viendo... ¿Qué había sucedido para que un cuerpo pletórico de vida como el de Olga, depositado sobre la piedra de las ceremonias, se transformara en aquel esqueleto? El fuego la hubiera reducido a cenizas. No, no podía ser obra del fuego, había sido algo desconocido, pero ¿qué era ese algo?

—Bien venido al santuario de los Meisters.

La voz cavernosa y lúgubre sonó a su espalda. Alfred se volvió en redondo con el anillo de Olga entre sus dedos y descubrió a quien acababa de interpelarle.

El siniestro "sujeto de la capa que cubría su rostro con el herrumbroso yelmo” estaba allí, mirándole. Entre sus manos no llevaba una daga ni una espada, sino una escopeta de caza de doble cañón con la que apuntaba a Alfred.

Este se dio cuenta inmediata de que se hallaba en peligro de muerte, un peligro seguro.

—¿Meisters? —repitió como no dando importancia al arma que le encañonaba.

—Sí. Este lugar, hace mil años, era el santuario de la secta de los Maestros de los Poderes de Satán.

—¿Hace mil años?

—Sí, pero no murieron del todo. Sus espíritus han estado afuera aguardando a que les abriera las puertas del infierno el mismísimo cancerbero.

—¿Höllenhund?

—El mismo.

Se rió largamente y su demoníaca carcajada rebotó contra las paredes, hallando ecos entre los túneles y metiéndose por las fisuras de aquellas malignas ruinas.

Alfred vigilaba los ojos que podía ver entre los agujeros del yelmo y supo que estaba al borde de la muerte. Instintivamente, se llevó las manos a la cara para protegerse el rostro al tiempo que hinchaba su pecho y tensaba todos sus músculos cuando sonó el escopetazo.

Un estruendo horrísono ensordeció sus oídos y una fuerza salvaje lo empujó hacia atrás, sumiéndole en la oscuridad de la inconsciencia.

Höllenhund se acercó a Alfred que había quedado tendido en tierra, al pie de la piedra octogonal, altar para las ceremonias satánicas.

Todo estaba lleno de sangre, sangre que había salpicado en derredor, sangre que teñía el cuerpo de Alfred, sangre que manchaba la piedra...

El joven había recibido el impacto de docenas de perdigones que se habían

incrustado en sus carnes y ahora yacía desmadejado, como un conejo alcanzado de pleno.

—Buscabas a la muerte y la has encontrado. Ya no podrás evitar que me traiga a Bianca. Me hace falta Bianca, mucha falta... Los espíritus han regresado del Más Allá, han salido del infierno para retornar a la Tierra porque yo les he abierto la puerta. Deben reencarnarse y la materia es vital para ellos. Primero espíritus inmateriales, luego espectros con materia y así hasta que recobren las fisonomías que un día tuvieron cuando este santuario fue reducido a cenizas y ruinas por los enemigos de Satán y los Meisters, ahorcados y quemados. Sí, Alfred, ya no podrás impedir que Bianca colabore en que los Meisters recuperen su materia. Primero fue Olga, ahora le toca a Bianca...

Höllenhund dejó la escopeta apoyada contra la pared y anduvo por el túnel hasta encontrar el tonel que descargara del jeep. Rodando lo llevó hasta un agujero que se abría en la tierra y que debía ser algún antiguo pozo, un agujero grande y muy profundo que Höllenhund conocía bien.

Empujó el tonel hasta que éste cayó por el agujero, desapareciendo de su vista. Escuchó algunos golpes, al final uno fuerte y sordo, y después nada. Höllenhund, cancerbero del infierno, se hallaba en sus dominios y en ellos se movía a sus anchas, sin necesidad de luces para guiarse.

CAPITULO XII

Bianca había pasado de la inquietud a una profunda tensión nerviosa que se hallaba al borde de la eclosión. En distintos momentos había tenido que hacer grandes esfuerzos para no ponerse a gritar. Se ahogaba dentro de aquella maldita casa con el cadáver de Peter tan cerca.

—Después de todo, es Peter —había razonado Shirley.

—Sí, es Peter —admitió Bianca; pero sabía muy bien que cuando un ser vivo moría, pasaba a ser otra clase de especie, era diferente. Aquellos restos humanos para ella ya no eran Peter, el muchachote jovial y fornido que se había casado con su amiga Olga.

La puerta y las ventanas continuaban cerradas para no verse sorprendidas por ningún intruso que viniera del exterior. Bianca hubiera deseado salir de la casa y correr y correr, mas afuera estaba el peligro. Ella misma había dicho, nada más llegar, que aquel lugar estaba maldito, pues lo había reconocido inmediatamente después de su pesadilla.

—Hemos de tranquilizarnos, Bianca —le pidió Shirley.

—¿Tranquilizarnos? Pasan las horas y no regresan.

—La aldea está lejos, en coche se va rápido, pero andando...

—¿Y Alfred?

—Es muy terco, ya lo conoces. Seguirá buscando y buscando.

—¿Hasta cuándo? Hace horas que debía haber vuelto, me da la impresión de que anochecerá y quedaremos solas.

—¿Tienes miedo?

—¿Tú no?

Shirley sonrió débilmente para luego decir:

—Es inútil engañarnos a nosotras mismas, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

Shirley escanció vino de una botella dentro de un vaso y luego lo acercó a los labios de su amiga.

—Anda, bebé, te reconfortará.

Bianca olió el aroma del vino y negó.

—¿Vino ahora? No, no.

—Vamos, eso nos calmará, ya lo verás. Un buen trago y estaremos de mejor humor cuando ellos regresen.

—Es que no me apetece.

—Vamos, vamos.

Bianca se vio casi obligada a beberse el vino que Shirley le había puesto en el vaso. Cuando hubo terminado, admitió:

—Es muy bueno.

—Sí, lo es.

—Recuerdo su sabor como de haberlo tomado en otra parte,

—Es posible.

—¿De dónde lo has sacado?
—Lo trajo Andy.
—¿Andy? Ahora caigo... Este vino es el mismo que tomamos en el hostal de Höllenhund.
Shirley miró la botella con expresión interrogante y se encogió de hombros sin darle mayor importancia.
—Es posible.
-—Es muy bueno, pero demasiado fuerte.
—Para quitar los nervios, mejor que sea fuerte.
Bianca se quedó mirando el vaso vacío y a Shirley que metió la botella en un rincón.
—¿Tú no tomas? —le preguntó.
—No, ahora no.
—Entonces, ¿por qué me has hecho beber a mí?
—Es que tengo un poco de acidez y como a ti te veo tan nerviosa por la tardanza de Andy y Alfred...
—Sí, estoy nerviosa, no puedo negarlo,
—A mí me coge acidez.
Bianca evitaba mirar el cadáver de Peter, se había sentado dándole la espalda.
—Si tuviéramos el transistor y pudiéramos romper el silencio con un poco de música —comentó.
—¿Con el cadáver de Peter a nuestro lado?
—Sí, tienes razón, pero ¿qué más iba a darle a él? —Bostezó y se dio cuenta de que los párpados Fe pesaban—, Me coge sueño.
—Pues duerme tranquila.
—¿Y tú?
—Ya te avisaré cuando vuelvan.
—No, no quiero dormir.
—Tonta, duerme si tienes sueño —le dijo Shirley acercándose a ella y acariciándole el cabello.
—No, no quiero dormir. A Alfred le ha sucedido algo, estoy segura.
Shirley siguió acariciándole la cabeza, descendiendo su mano por la espalda de su amiga.
—Duerme, duerme.
—Shirley...
—¿Qué?
—¿Por qué quieres que duerma?
Dueña de la situación y como si hablara con una niña, respondió:
—Duerme, es por tu bien, te sentirás mejor.
Sorpresivamente para Shirley, Bianca la cogió por una muñeca, pero con fuerza.
—Shirley, ¿el vino lo cogiste tú?
—¿El vino? ¿Qué te sucede, Bianca?

—¡Dilo! ¿Lo cogiste tú o te lo dio Höllenhund?

—Estás muy nerviosa y el vino que te has tomado parece hacerte desvariar. Vamos, duerme, duerme.

—No, Shirley, ahora me doy cuenta: el vino e¡5tá drogado. ¡Confiésalo, está drogado!

—Suéltame la mano, me haces daño.

—Shirley —inquirió levantándose, lo que le costó un gran esfuerzo porque las rodillas se negaban a sostenerla—. ¿Por qué me has drogado?

—¿Yo?, ¿qué tonterías dices?

—No me mientas, Shirley, no lo hagas porque no voy a creerte. Ahora comprendo que me has hecho tomar el vino para drogarme... Tú saliste por la noche para reunirte con Höllenhund, yo te vi por la ventana, y tú lo negaste. Ahora me doy cuenta de que me mentiste.

Shirley se sacudió de encima a Bianca y con un empujón volvió a sentarla en la silla sin que Bianca pudiera evitarlo. Las fuerzas la habían abandonado y mantenerse despierta ya representaba un gran esfuerzo.

—Está bien, Bianca, ¡sí, sí, sí...! —terminó la afirmación con una carcajada que casi acabó con un medio llanto. Se le saltaron las lágrimas mientras Bianca la miraba anonadada, sin poder reaccionar. La droga había minado ya su cuerpo—. Höllenhund supo encontrarme en la ciudad.

—¿En la ciudad?

—Sí, se había fijado en nosotras y se hizo el encontradizo conmigo. ¿Sabías que Höllenhund tiene un gran poder hipnótico?

—No, pero sí sé que es maligno.

—Es el cancerbero del infierno, un prosélito de Satán —Shirley suspiró y continuó—: Me llevó a un apartamento y me enteré de pocas cosas de lo que allí sucedió. Creo que me hizo suya.

—¿Andy lo sabe?

Negó con la cabeza.

—No, yo no he llegado virgen al matrimonio y Andy lo sabía, pero no que hubiera tenido que ver con Höllenhund. A decir verdad, no me enteré de nada. Cuando me di cuenta de lo que sucedía, estaba sudando, agotada.

—¿Por qué?

—Höllenhund me dijo que yo había sido la elegida.

—¿Para qué, Shirley, para qué? —preguntó débilmente, pues hasta la voz se le escapaba.

—Tengo poderes de médium y lo ignoraba. Höllenhund supo verlos en mí y ahora soy una sierva suya. Me utiliza para llamar a los espíritus de los muertos, esos espíritus que vagan por el Más Allá, por el mismísimo infierno. Höllenhund, con sus conjuros, les abre la puerta del averno para que salgan con el consentimiento del gran Satán y puedan regresar a la Tierra. Es fantástico, ¿verdad?

—¿Tú haces que vengan los espíritus de los muertos? —preguntó, temblándole los labios.

—Al principio te confieso que me aterroricé, pero después me he sentido poderosa e importante. Höllenhund me ha prometido que seré amada por el mismísimo príncipe de la Tinieblas.

—¡Qué horror, Shirley, qué horror, estás maldita!

—Sí, soy un médium prosélita de Satán. ¿Quién iba a pensarlo, verdad? —Se rió, encendiéndose sus pupilas en rojo—. ¿Sabes la pesadilla que tuviste en nuestro apartamento de solteras?

—Sí, fue horrible, horrible...

—Se la conté a Höllenhund.

—¡No!

—Sí, y me dijo que yo era la responsable de tu pesadilla, que tú habías captado lo que yo imaginaba. Mi mente es muy poderosa, Bianca, Höllenhund me lo ha dicho. Estuvo aquí cuando Olga desapareció, ¿sabes?

—Es el hombre del yelmo, ¿verdad? —preguntó cayéndose, sosteniendo difícilmente la cabeza entre sus manos, pese a los esfuerzos que hacía para no dormirse.

—Me utilizó como médium para llamar a los espíritus. Les hace falta materia, ¿sabes? Necesitan materia para volver a ser quienes fueron y esa materia sólo sale de nosotras, las mujeres.

—¡No, no, noooo!

—Sí —le acarició el cabello—. No sentirás nada, nada, ya lo verás. Las mujeres tenemos algo especial para soltar ectoplasma, la materias de nuestros cuerpos se convierte en ectoplasma. Höllenhund conoce los conjuros para que nos vayamos transformando en ectoplasma que va a parar a los espectros y así absorben nuestra materia. ¿Lo entiendes, Bianca, lo entiendes? Pronto dejarás de ser y tu materia servirá para que unos espectros recuperen el cuerpo perdido hace mil años. Es fantástico, Bianca, fantástico, ningún científico podría creerlo ni comprenderlo. Cada espectro tomará un poco de ti y vendrán otras mujeres hasta que ellos hayan absorbido toda la materia necesaria para regresar al mundo de la vida terrena. Ahora se hallan a mitad de camino entre el espíritu sin materia y nosotras, que somos cuerpos completos. Aún no pueden obrar por sí mismos, Höllenhund los protege porque sabe que así lo desea Satán, pero pronto los escogidos de las tinieblas estarán en la Tierra y el mundo conocerá sus poderes.

—¡Maldita Shirley, maldita, te has vendido a Höllenhund!

—No, Höllenhund sólo es el camino, al final estará el príncipe de las Tinieblas y será amada por él.

—¡Por un perro, Shirley, serás amada por un perro diabólico!

—¡Estúpida, estúpida, lo que tienes es envidia!

—¡Maldita, maldita!

Bianca tuvo una fuerte reacción para vencer al sueño y hasta consiguió levantarse. Shirley se apartó de ella, ya habían dejado de ser amigas. Cogió la botella del vino drogado, la descorchó y asió a Bianca por los cabellos, obligándola a doblar la cabeza. Le metió la botella en la boca, haciendo que el

vino entrara a borbotones en el cuerpo de Bianca que inútilmente trató de impedirlo.

—Ahora dormirás profundamente y ya no despertarás.

En aquel instante, golpearon a la puerta. Shirley miró hacia ella, inquieta. La llamada se repitió.

Shirley soltó la botella y también los cabellos de Bianca que se desplomó de nuevo en la silla, inclinando su cabeza y los brazos contra la mesa.

Apartó el seguro de la puerta y la abrió. En el umbral apareció el siniestro personaje de la capa y el yelmo que ocultaba su rostro.

—¡Höllenhund, te esperaba!

CAPITULO XIII

Aún había una débil claridad en la gran sala subterránea de las ruinas del santuario de los Meisters. Shirley fue la primera en entrar; tras ella seguía Höllenhund alto y erguido, llevando entre sus brazos a la inconsciente Bianca. Sin duda alguna, Höllenhund era un hombre muy fuerte, pues sus pasos no vacilaban pese a la carga que la muchacha representaba. La droga la había sumido en un profundo sueño.

Al descubrir el cuerpo inmóvil y caído de Alfred, al verlo ensangrentado de forma tan escandalosa, casi horripilante, Shirley interrogó con la mirada a Höllenhund. Este, depositando el cuerpo de Bianca en el suelo, respondió.

—Tenía que morir, no podía quedar ningún rastro de lo sucedido.

—¿Y Andy?

—Ya ha muerto, eres libre.

Shirley vaciló ligeramente pero se repuso pronto. Hacía tiempo que había tomado una decisión, no podía volverse atrás y tampoco lo deseaba. Había comprobado por sí misma que el placer sexual que podía brindarle aquel prosélito de Satán que era Höllenhund, resultaba excitantemente superior al que le ofrecía Andy.

Había oído que los magos y los brujos eran más resabiados y diabólicos en el goce de los placeres libidinosos y la realidad se lo había demostrado.

Höllenhund fue hacia Alfred, lo cogió por los tobillos y lo arrastró hasta la pared, junto a una de las entradas del túnel. Se encaró después con Shirley y preguntó:

—¿Estás preparada?

—Sí, creo que sí.

—Voy a encender las antorchas, oscurecerá en breves minutos y ya no entrará luz por las fisuras de la bóveda.

Se internó pocos metros en uno de los túneles. Allí debía tener cajas con suministros porque apareció con varias antorchas que fue distribuyendo por las paredes donde había herrajes apropiados para sujetarlas. Las encendió y pronto la sala quedó iluminada por el fuego humeante que la llenaba de sombras y luz rojiza. Era como haber trasladado a aquel lugar una parcela del propio infierno.

—Mírame, Shirley, mírame.

—Sí, sí, te miro, ámame, ámame.

—No, ahora tendrás que volver a llamar a los espectros. Tú tienes poderes para que regresen del Más Allá, mira mis ojos, míralos con intensidad y entrégate a mí como sierva de Satán que eres.

—Sí, me entrego, ordena y obedeceré —dijo tras clavar su mirada en los ojos malignos de Höllenhund.

—Dame la mano, Shirley, dame la mano.

Tomó la mano de la mujer y la condujo ceremoniosamente hasta la piedra

octogonal o altar de las ceremonias diabólicas. En la piedra se hallaban cincelados extraños signos y palabras que no eran reconocibles por Shirley.

—Descálzate y arroja lejos de ti las ropas que ocultan tu hermoso cuerpo.

—Sí, sí, mi amo y señor.

Shirley obedeció y luego subió al centro de la piedra octogonal. Quedó allí en pie, desnuda y con los ojos cerrados frente a Höllenhund que inició la ceremonia lanzando conjuros que Shirley no comprendió. Eran palabras del Más Allá, palabras utilizadas en el pasado, palabras arrancadas de la cripta de los espectros.

—Shirley, Shirley... ¿Me oyes?

—¡¡Sí!!

—Llámalos, llámalos con tu poder de médium porque te están esperando. Quieren volver a la materia y rugen de impaciencia. Yo los capto, las yemas de mis dedos sienten la vibración del aire. Sí, los espectros rugen de impaciencia. Llámalos, llámalos.

Shirley se convulsionó como si por el interior de su cuerpo corrieran los voltios en gran cantidad. De inmediato, comenzó a sudar y las gotas de sudor cayeron en goterones de sus codos, de su vientre, de sus rodillas, hasta la piedra octogonal.

Su boca se transformó, se desencajó y brotó por ella una voz distinta a la suya que llamó a los espectros en una lengua que la propia Shirley desconocía. Su voz de ultratumba se filtró por las fisuras del subsuelo para llegar a lo más profundo, a lo más ignoto de las ruinas.

En tierra quedaban los restos, los huesos carcomidos de quien en vida fuera Olga. Más lejos, sumida en el profundo sueño de la droga, yacía Bianca esperando que llegara el momento de ser la víctima de aquellos rituales satánicos. También estaba el cuerpo inmóvil de Alfred, ensangrentado por los perdigones que se habían incrustado en sus carnes.

A las llamadas de Shirley, aparecieron los espectros.

El primero de ellos asomó por una de las galerías subterráneas que, sin duda alguna, conducían a la cripta en la que habían permanecido sus restos durante siglos y siglos. Su aspecto era horripilante, seres sin piel, seres que ofrecían la visión de millares de venas... Avanzaron uno tras otro hacia la piedra octogonal, rodeándola.

Extenuada tras conseguir llamar a los espectros y hacerlos venir del Más Allá, empapada en sudor, Shirley cayó primero de rodillas y luego se inclinó como si se dispusiera a orar.

—¡Esta es la noche! —Bramó Höllenhund—. ¡Yo, cancerbero de las puertas del infierno y con la benevolencia de Satán, príncipe de las Tinieblas, os abro las puertas para que regreséis a la Tierra y os apoderéis de ella desparramando el vicio y la corrupción median-te el empleo de vuestros poderes! ¡Esta noche tomaréis toda la materia que os hace falta para llegar a la completa materialización que reclamáis después de que os fuera arrebatada hace mil años! Os voy a ofrecer a dos mujeres que se desmaterializarán para

que vosotros toméis su materia ectoplasmática y la reconvirtáis en la materia que conformará vuestros cuerpos.

—¡¡Nooo!! —se lamentó Shirley incapaz de reaccionar por el profundo agotamiento que la embargaba.

—¡¡Shirley, Shirley, entregarás tu cuerpo a los espectros porque ellos lo reclaman!!

—¡¡No, nooo!!

Los espectros hicieron caso omiso de la negativa de Shirley que se veía traicionada. Esperaba ser alguien importante como prosélita del príncipe de las Tinieblas y ahora era reducida al papel de víctima. Debía entregar su cuerpo y desaparecer para que esa materia la absorbieran los espectros que gozaban de la protección de Satán.

Los espectros quedaron sobre la piedra octogonal y ésta comenzó a girar lentamente.

Shirley se revolvió sobre el altar, mas no podía escapar. Lanzó alaridos de pánico mientras notaba que algo comenzaba a desgarrarse dentro de sí. Sintió un dolor mil veces superior al de un parto y el ectoplasma blancuzco, casi amarillento, comenzó a brotar por su boca, por sus oídos, por su fosas nasales, por sus ojos.

Los espectros que se hallaban sobre la piedra que giraba, iluminada por las antorchas, abrían sus bocas que semejaban fauces y devoraban el ectoplasma que escapaba del cuerpo femenino. La materia así transformada pasaba de la mujer a los espectros como si fuera un festín en el que repugnantes seres devoraban a su víctima hasta roer sus huesos.

Shirley seguía gritando, ahogándose su voz. Era algo horrible y fantasmagórico que los ojos que se ocultaban tras el yelmo herrumbroso contemplaban con goce y pasión.

Alfred, empapado en sangre, ante aquellos alaridos que se clavaron como agudos cuchillos en su cerebro, despertó. Miríadas de punzadas mordieron su cuerpo y sus dientes rechinaron de dolor. Se miró tal como estaba y descubrió a Höllenhund de espaldas a él.

Recordó lo ocurrido, vio a Bianca en el suelo y temió que estuviera muerta. Entonces se fijó en la macabra sinfonía de lo que sucedía sobre el extraño altar que giraba y miraba mientras los espectros se apropiaban de la materia del cuerpo de Shirley.

Descubrió la escopeta de doble cañón apoyada contra la pared. Se arrastró hasta ella y la tomó entre sus dedos, recuperaba fuerzas por momento. El cartucho que le habían disparado debía ser de fabricación casera, compuesto de pólvora mala, quizá húmeda.

Su cuerpo fuerte y nervudo, con los músculos tensos, había encajado los perdigones, pero éstos no habían llegado a penetrar suficientemente para causarle heridas mortales. El rostro se lo había protegido con las manos, las cuales estaban empapadas en sangre y le dolían horriblemente.

—¡Höllenhund!

Höllenhund se revolvió, sorprendido, y se encontró cara a cara con Alfred que le apuntaba con la escopeta.

—¡Maldito seas! ¿Aún no estás muerto? —rugió.

—No, aún no estoy muerto.

Alfred disparó y no lo hizo contra la cabeza protegida con el yelmo y tampoco contra el pecho que podía detener los perdigones, sino contra el vientre y bajo vientre, al cual se llevó las manos Höllenhund con intensísimo dolor. Dio unos pasos hacia atrás, rugiendo, y cayó al pie de la piedra que giraba con los espectros que se afanaban en devorar el ectoplasma que ellos reconvertirían en materia para regresar a la Tierra y escapar así al mundo de los muertos.

Alfred arrojó la escopeta al suelo, se levantó tambaleante y tomó una de las antorchas. Fue hasta la piedra-altar y aplicó la antorcha al cuerpo de uno de los espectros que lanzó un extraño alarido de ultratumba mientras se retorcía en el aire. El fuego devoró su figura espectral que se consumió retorciéndose en el aire.

—¡Malditos seres infernales!

Uno de los espectros saltó sobre Alfred, pero éste puso por delante la antorcha que no había soltado y el ser se inflamó como si fuera de algodón. Se desencajó todo él, prorrumpiendo en extraños gorgojeos, como si estuviera vomitando por la boca sus propios intestinos.

Alfred sintió náuseas, dolor, mareo, aún no sabía cómo podía tenerse en pie.

Vio que el tercero de los espectros intentaba huir para no ser reducido a la nada de nuevo y tener que regresar a las tinieblas del infierno cuyas puertas les había abierto Höllenhund.

Pudo llegar a la entrada de la galería que conducía a la cripta, pero Alfred giró sobre sí mismo y le arrojó la antorcha que se metió entre su espalda. Convertido en fuego que lo devoraba, desapareció rugiendo por la galería.

Alfred tuvo que apoyarse contra la piedra-altar que había dejado de girar. Miró lo que quedaba de Shirley y se horrorizó. Aquello ya no tenía vida y tampoco era Shirley.

Tomó por uno de sus lados octagonal y comenzó a hacer fuerza, toda la que pudo y más. Como poseído por un poder sobrenatural, logró levantarla en parte y volcarla por el lado donde Höllenhund se hallaba tendido, desangrándose pero todavía vivo.

Desplazada fuera del pilar cúbico de granito que la sostuviera a modo de eje, Alfred consiguió poner la piedra en vertical. Höllenhund la miró horrorizado, conocía el gran peso de la piedra, y Alfred continuaba empujándola hasta que consiguió que perdiera su verticalidad.

—¡¡Nooooo!!

La piedra, con sus grabados herméticos y diabólicos, cayó sobre Höllenhund aplastándole con yelmo incluido.

Alfred se arrastró hasta Bianca y allí quedó, extenuado junto al cuerpo

dormido de la muchacha, todavía virgen pese a estar casada.

Cuando Alfred recobró el sentido, notó que el agua resbalaba fría por su cuerpo. Bianca le había estado limpiando las heridas al borde del torrente. El cielo estaba despejado y hacía horas que había cesado de llover.

—¡Alfred, Alfred, creí que no despertarías nunca!

—Bianca, ¿cómo estás?

—Shirley me drogó pero ya estoy bien. Te he sacado de aquel lugar infernal, he visto lo ocurrido.

—¿Tú me has sacado?

—Sí, me he asustado un poco, pero he visto que vivías y te he sacado a rastras. Aquí afuera hay un jeep con un remolque, un caballo y unos perros que cuando me han visto se han alejado aullando por el bosque.

—Todo se acabó, Bianca, hemos de huir de aquí y no regresar jamás.

—¿Y los demás?

—¿Quiénes? Shirley ha muerto, Peter y Olga también.

—¿Y Andy?

—No sé, quizá ya no le volvamos a ver nunca.

—Hay que olvidar esto, jamás nos creerían si lo contáramos y creo que aquí nadie vendrá a investigar. Esto no quedaba bajo el alcance de las leyes de los mortales.

Bianca miró con dolor y amor las heridas del hombre y musitó:

—Deseo que te cures para ser tuya .y amarte intensamente, Alfred.

—Yo también quiero que sea así, pero hemos de alejarnos de este lugar.

—¿Y cuándo vengan los otros grupos?

—Dejaremos un escrito en la casa diciendo que la hemos vendido y que allí no se fundará el kibutz prometido, que busquen otro sitio. Así se marcharán.

Alfred bajó al caballo del jeep y le quitó todos los arreos para decirle al animal:

—Eres libre y ya no tienes amo. Cabalga a tu libre albedrío.

Le golpeó las ancas y el equipo se alejó, relinchando hacia su libertad.

Con el jeep se dirigieron a la casa donde cambiaron la batería del jeep por la del “Mercedes-Benz”. Con la potencia del “Mercedes”, arrastró al jeep primero y al furgón después y los despeñó en un lugar no muy lejano de la casa.

Horas más tarde, la pareja se alejaba del kibutz.

Bianca había vendado todo el cuerpo del hombre y ella misma se puso al volante del turismo diciendo:

—Hemos de encontrar a un médico para que te cure.

—Olvídalo, haría demasiadas preguntas y nosotros no podríamos responderlas. Soy fuerte y resistiré, te lo voy a demostrar, pero vámonos lejos, muy lejos de aquí.

El “Mercedes-Benz” se perdió en busca de la cinta de asfalto.

Los espectros ya no podrían regresar, las puertas del infierno habían vuelto

a cerrarse para ellos y habrían de esperar quizá mil años más antes de que apareciera de nuevo la figura de Höllenhund.

FIN